

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**¿DÓNDE ESTÁ DIOS?
RESPONDIENDO CON HECHOS REALES**

S. MILLÁN – 2021

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Dios está en todas partes.

Experiencias de Dios.

Personas normales.

Prisioneros.

Ateos.

Judíos.

Musulmanes.

Protestantes.

Testimonios de religiosas.

Ciencia y Dios.

a) Cristo de Cochabamba.

b) Milagro de Lanciano.

c) Teresa Neumann.

d) Beata Alexandrina da Costa.

e) Marta Robin.

f) Milagro de Calanda.

Los ángeles.

1.- San Juan Crisóstomo.

2.- Bernardo de Hoyos.

3.- M. Angélica.

Los santos.

CONCLUSIÓN

INTRODUCCIÓN

En el mundo hay millones de personas que viven con el alma vacía. Su existencia carece de sentido. Creen que estamos en este mundo por casualidad y por efecto de la evolución y que lo único que vale es gozar de la vida, divertirse y tener toda clase de comodidades y placeres. Estas personas, cuando llegan a un punto en que la vida se les hace difícil, por la enfermedad, por los fracasos o dificultades, creen que la solución es quitarse la vida para terminar con todos sus problemas de golpe. Y como piensan que no hay nada después de la muerte, todo quedará, según ellos, en la eterna nada o en la oscuridad infinita.

Pero ¿y si existe Dios? ¿Si te ha creado con infinito amor para hacerte feliz por toda la eternidad? ¿No crees que vale la pena cualquier sufrimiento de unos pocos días en este mundo para ser feliz eternamente? ¿Podrás decir que para ti nada tiene sentido, pues no crees en Dios? Te desafío a que me demuestres que Dios no existe. ¿Acaso estás seguro al ciento por ciento de que Dios no existe y que no existe el más allá después de la muerte? ¿Y si tenemos una existencia eterna, feliz o infeliz, de acuerdo a nuestra elección?

Me da mucha pena que en todos los países se dan miles de suicidios, incluso de gente joven y sana, porque no encuentran sentido a su vida. Solo en España hay cada año unos 4.000 suicidios. Mucha gente cree que la religión es algo anticuado y que no tiene ningún valor, pero buscan afanosamente paz y tranquilidad en Mindfulness para superar el estrés, la ansiedad y tener paz interior. Otros buscan el yoga o se meten en sectas de esoterismo y ocultismo. Incluso no faltan quienes creen en los extraterrestres y se afilian a sectas donde les hablan de viajar a otros mundos superiores y más inteligentes, donde serán enormemente felices.

Y todo esto son señuelos, ilusiones, deseos que nunca se cumplirán y los harán más fácil desertar de esta vida al no encontrar la paz y felicidad que buscaban. Y, sin embargo, Dios existe y los espera y desea hacerlos felices en cierta medida en este mundo, pero sobre todo por toda la eternidad. ¡Qué decepción se llevarán el día de su muerte, cuando se encuentren cara a cara con Dios y vean que toda su vida ha sido una pérdida de tiempo, porque solo habían pensado en sí mismos y nunca habían hecho nada por los demás!

Yo quiero hoy desafiarte. Si realmente eres sincero y buscas la felicidad, debes buscar a Dios. Dios existe. Y si me preguntas: ¿Dónde está Dios? Te diré sencillamente que está en todas partes y oye tu oración, pero de modo muy especial está esperándote en la Eucaristía de nuestras iglesias.

Eso es precisamente lo que quiero demostrarte en este libro. Si quieres, puedes encontrarlo, porque él se deja encontrar de los que le buscan y muchas veces se hace el encontradizo, cuando menos lo esperan. Muchos santos, como san Agustín, fueron incansables buscadores de la Verdad y, al encontrarla, encontraron a Dios, porque Dios es Verdad, es Vida, es Amor.

Los santos han vivido en estrecha comunicación con Dios y han experimentado su presencia y su amor. Ellos pueden hablarte por experiencia y no solo por razonamientos o suposiciones. Ellos han sido personas dignas de fe, como lo han demostrado con sus acciones a lo largo de su vida. Lee todo lo que ellos dicen, cree en su experiencia. Y después pide a Dios que te conceda la gracia de creer en él y amarlo y adorarlo. Él te espera todos los días en la misa y en los sagrarios de las iglesias católicas. Vete a pedirle el don de la fe. No te canses de pedirselo. Vale la pena hacer un viaje espiritual en su busca, aunque sea difícil. También los reyes magos se arriesgaron e hicieron un viaje largo y peligroso buscando Dios y, al final, lo encontraron y se sintieron inmensamente felices. Valió la pena el esfuerzo.

Te aseguro en nombre de Dios que el día menos pensado, Él premiará tu constancia y tu sinceridad y se manifestará a ti y te hará feliz. Entonces tu vida cambiará y todo lo verás con nuevos ojos.

Te presenté en este libro los testimonios personales de algunos santos, de algunos religiosos y sacerdotes; y también de personas normales e incluso de ateos convertidos. Su testimonio es prueba fehaciente. Como dice un dicho antiguo: *Contra factum non valet argumentum* (contra un hecho real no vale ningún argumento en contra). Te deseo un viaje feliz en tu búsqueda para encontrar a Dios. Estos testimonios te ayudarán como estrellas en tu camino.

DIOS ESTÁ EN TODAS PARTES

Si alguien me preguntara dónde está Dios, le respondería: Está en todas partes. Lo mismo está en una montaña, donde lo encontró Moisés cuando estaba guardando el rebaño de su suegro Jetró y se le presentó bajo la forma de una zarza ardiendo sin consumirse, como se presentó también Jesús en una montaña a sus tres discípulos predilectos Pedro, Santiago y Juan en el monte Tabor el día de la transfiguración, donde se les presentó con toda su majestad divina.

Lo mismo podemos decir cuando se presentó Jesús resucitado a los apóstoles a orillas del mar de Galilea y les preparó el desayuno después de haber estado ellos pescando toda la noche. También se les presentó resucitado en una sala donde estaban todos reunidos menos Tomás y a la semana siguiente en la misma sala, estando Tomás con ellos. Se le presentó a María Magdalena después de resucitar y ella se fue a los discípulos a decirles que lo había visto resucitado.

Dios se hizo presente a Samuel, como se nos dice en su libro primero de Samuel, cap. 3, estando en la cama durmiendo; y lo llamó tres veces, llamándolo por su nombre: *Samuel, Samuel*. Igualmente se hizo presente a Juan Pellicer en su pueblo, estando durmiendo y amaneció con la pierna que le habían cortado hacía dos años y cinco meses en el hospital de Zaragoza.

A Narciso Yepes se le presentó cuando estaba mirando cómo corría el agua del río Sena en París. Al profeta Ezequiel, Dios se le manifestó a orillas del río Kebar (Ez 1).

Si recorremos la vida de los santos o convertidos, vemos cómo muchos de ellos tuvieron un encuentro con Dios donde menos lo esperaban. Algunos en la cárcel, otros en una habitación de su casa o yendo de camino, como a Pablo camino de Damasco. A otros se les hizo el encontradizo, como Jesús a los dos discípulos de Emaús (Lc 24).

Esto quiere decir que Dios está en todas partes. Y como dice el Salmo 138. Él está siempre a nuestro lado y conoce todas nuestras obras y hasta nuestros más íntimos pensamientos. Veamos el Salmo 138.

*Señor, tú me sondeas y me conoces;
me conoces cuando me siento o me levanto,
de lejos penetras mis pensamientos;
distingues mi camino y mi descanso,
todas mis sendas te son familiares.*

No ha llegado la palabra a mi lengua,

*y ya, Señor, te la sabes toda.
Me estrechas detrás y delante,
me cubres con tu palma.
Tanto saber me sobrepasa,
es sublime, y no lo abarco.*

*¿Adónde iré lejos de tu aliento,
adónde escaparé de tu mirada?
Si escalo el cielo, allí estás tú;
si me acuesto en el abismo, allí te encuentro;
si vuelo hasta el margen de la aurora,
si emigro hasta el confín del mar,
allí me alcanzará tu izquierda,
me agarrará tu derecha.*

*Si digo: “Que al menos la tiniebla me encubra,
que la luz se haga noche en torno a mí”,
ni la tiniebla es oscura para ti,
la noche es clara como el día.*

EXPERIENCIAS DE DIOS

Narciso Yepes (1927-1997) fue un gran guitarrista español. Lo bautizaron católico al nacer, pero no recibió la primera comunión hasta los 25 años, cuando se convirtió en un católico de verdad. Refiere: *Yo no practicaba ni me preocupaba lo más mínimo de que hubiera o no una vida espiritual y una transcendencia y un más allá. Dios no contaba en mi existencia. Fue una conversión súbita, repentina, inesperada y muy sencilla. Yo estaba en París, acodado en un puente del Sena, viendo fluir el agua. Era por la mañana. Exactamente el 18 de mayo de 1951. De pronto le escuché dentro de mí. Fue una pregunta en apariencia muy simple: “¿Qué estás haciendo?”. En ese instante todo cambió para mí. Sentí la necesidad de plantearme por qué vivía, para quién vivía. Mi respuesta fue inmediata. Entré en la iglesia más próxima. Era una iglesia ortodoxa. Busqué instrucción religiosa católica. Desde aquel instante no hay nada en mi vida ni lo más trivial ni lo más serio en lo que yo no cuente con Dios. Y eso en lo que es alegre y en lo que es doloroso, en el éxito en el trabajo, en la vida familiar, en una pena honda como la de que te llame la guardia civil a media noche para decirte que tu hijo ha muerto.*

Cuando toco un concierto, sea en un gran teatro o en un auditorium palaciego o en un monasterio o tocando solo para el Papa, como hice en Roma ante Juan Pablo II, el instante más emotivo es antes de comenzar. En un

*momento de silencio se lo ofrezco a Dios. A él le encanta mi música. Tocar un instrumento lo mejor que uno sabe y ser consciente de la presencia de Dios, es una forma maravillosa de rezar, de orar. Lo tengo bien experimentado*¹.

Max Jacob (1876-1944) era un gran pintor y poeta judío. Su vida estaba llena de desórdenes, pero estaba insatisfecho y buscaba darle sentido a su vida y Dios le salió al encuentro. Él cuenta: *Era el 7 de septiembre de 1909. Al volver de la biblioteca nacional, dejé la cartera y busqué mis zapatillas. Al volver la cabeza, había alguien delante de la pared. Me puse de rodillas. Era Jesús. ¡Qué belleza, qué elegancia y dulzura! Sus hombros, su andar. Llevaba una túnica de seda amarilla con adornos azules. Vi su rostro apacible y resplandeciente. Esta visión fue la causa de su inmediata conversión y el 18 de febrero de 1915, después de prepararse, se bautizó y todo el resto de su vida sintió un amor entrañable a Jesús y María. Murió en 1944 en el campo de concentración alemán de Drancy. En su bolsillo llevaba el rosario*².

El psiquiatra chileno Sergio Peña y Lillo se convirtió en 1970, leyendo el Evangelio. Cuenta: *Estaba una tarde que jamás olvidaré en mi oficina privada de la clínica psiquiátrica universitaria y me puse a leer casi por mera curiosidad los Evangelios. En Mateo me enfrenté, podría decir de improviso y a quemarropa, con el pasaje que iba a ser decisivo para el resto de mi vida, la vocación del propio Mateo. Al leer SÍGUEME, sentí una brusca sacudida. Me quedé como petrificado en el SÍGUEME Era una alegría emocionante de un reencuentro largo tiempo anhelado. Era la irrupción repentina de lo sobrenatural. Sollocé con la pena más hermosa y dulce de toda mi vida: un llanto que brotaba de la raíz misma de mi ser. Como un rayo de luz que visita de improviso las tinieblas, todo se me hacía más claro. Tenía la sorprendente vivencia de que el Señor a mí me decía: SÍGUEME. Era Cristo y era todo. Había sido siempre a él a quien yo buscaba y yo no lo sabía. Me arrodillé y lloré cerca de dos horas con el llanto más puro y más sagrado que puede brotar de mí. Y repetía obsesionado en voz alta: “Eras tú, Señor, eras tú”*³.

Jane Haaland Matlary era noruega, doctora en filosofía y profesora de política internacional en la universidad de Oslo. Un día de 1992 fue con su esposo y sus hijos a la abadía benedictina de Pannonhalma en Hungría y habló con un monje. Dice: *Esaba lleno de alegría y de juventud interior, pese a su avanzada edad. Este monje era una fuente de agua viva. Hablé con él. Jamás pensé que la confesión funcionara. De pronto, sucedió la cosa más asombrosa e inesperada. Me recorrió una oleada de inmensa alegría que no se parecía a*

¹ Ayllón José Ramón, *Dios y los náufragos*, Ed. Belacqua, Barcelona, 2004, pp. 199-205.

² Lelotte F., *Convertidos del siglo XX*, Ed. Studium, Madrid, 1961, p. 59.

³ Peña y Lillo Sergio, *En el corazón de Cristo*, Ed. Paulinas, Santiago de Chile, 1992, cuarta edición, pp. 36-37.

*nada que me hubiera ocurrido antes. Fue un giro absoluto a mi vida como católica. Dios, que hasta ese momento me resultaba bastante lejano, se convirtió en un Dios personal allí y en ese momento. El brillo de aquella experiencia duró mucho tiempo. Ahora estoy suspirando por Cristo como mi amigo*⁴.

EXPERIENCIAS NORMALES

Juan Santiago pertenecía al ejército. Tenía 35 años, casado y con dos hijas. Nos dice: *Había solicitado destino en la Capitanía general de Madrid. Uno de los días vino a verme el capellán de la Unidad, don Alfredo Albiach, y me invitó a ir a una “Acampada” para mandos militares (similar al Cursillo de Cristiandad). Al final decidí asistir. El lugar era en “Los Molinos”, en la Sierra de Guadarrama. Allí había un capellán que era monje benedictino, don Juan Antonio Pascual. Era una tarde de diciembre de 1988. Hablé con él y le pedí que me confesara. En el momento de la absolución sucedió en mí como un terremoto. Cuando salí era de noche y estaba nevando. Entonces se produjo una chispa instantánea, que duró una fracción de segundo. Sentí la cercanía de Dios. Es como algo que te cubre, se te echa encima y te nombra. Es un momento único que lo conservo en la memoria como el momento, la punta del iceberg de mi conversión*⁵.

Ramón describe así su vida: Todo iba bien, profesional, familiar y económicamente, pero algo faltaba en mi interior, algo que anhelaba sin saber qué era. Tenía como un vacío que no se llenaba y que era producido por la ausencia total de Dios en mi vida. Todo cambió cuando fui destinado como Casco Azul con un destacamento español a la guerra de los Balcanes entre octubre de 1994 a abril de 1995.

Llegué al destino muy preocupado, pues el día anterior le habían descubierto a mi esposa una mancha en el cerebro. En Medjugorje, donde se aparecía la Virgen, recé mucho por ella. Un día fui a confesarme, después de 18 años, a la capilla del destacamento. Me confesé con el Páter... y sentí una gran paz, una paz que jamás en mi vida había sentido.

Un día subí a la colina de las apariciones con mi compañero Santi y Norah, una peregrina canadiense. Ella decidió descalzarse y ofrecer ese sacrificio durante la subida por la salud de mi esposa. Nosotros dos hicimos lo mismo.

⁴ Janne Haaland Matlary, *El amor escondido*, Ed. Belacqua, Barcelona, 2002, p. 93.

⁵ Juan José Montes, *El día que me encontré con Dios*, Ed. Edibesa, Madrid, 2018, pp. 31-41.

Cuando bajé del monte, sentí como si hubiera renacido y miré al mundo con distinta luz en mis ojos, veía mis problemas y sufrimientos desde un punto de vista distinto, sabía que hay Alguien por encima de mí que no me dejaría caer, incluso cuando llegase el momento más temido para todos: la muerte.

Los franciscanos ayunaban toda la Semana Santa y me dijeron que ese año lo iban a ofrecer por la salud de mi esposa. Allí en Medjugorje me pasé muchas horas en oración por mi esposa, en la iglesia parroquial y en la capilla del destacamento. Todo ello me dio mucha fuerza espiritual para poder superar la muerte de mi esposa el 17 de junio de 1996. Desde entonces la Virgen nos ha estado protegiéndonos a mí y a mis dos hijos y nos ha sacado adelante, a pesar de las dificultades. Ahora soy supernumerario del Opus Dei y trabajo para servir al Señor⁶.

Pilar cuenta: Cuando tenía 20 años, empecé a salir con el que es ahora mi esposo, quien me llevó a hacer un Cursillo de Cristiandad. En ese Cursillo el Señor me dijo: “Yo te quiero. A pesar de lo que hayas hecho o hayas experimentado, eres grande para mí”. Entonces sentí ese abrazo del Señor y lloré como no he llorado en mi vida. Me sentí perdonada por él. Lo recuerdo, porque fue delante del sagrario cuando el Señor me tocó el corazón. Fue ahí en el sagrario donde sentí el abrazo de Dios Padre. Fue ahí donde descubrí lo que él quería de mí. El estaba enamorado de mi vida por muy desastrosa que hubiera sido. ¡Qué paz entra en ese momento, qué ganas de gritarlo al mundo! Le dije: “Gracias, Señor”.

Desde ese día Dios pasó de ser algo a ser Alguien real. Me involucré en la parroquia con las catequesis, en los grupos de jóvenes, con los Cursillos de Cristiandad. Ahora tengo muchos momentos de oración, de cercanía con el Señor, de intimidad con él delante de él. Todo lo que tengo es suyo: Mi matrimonio, mis hijas... Estoy abierta a lo que el Señor vaya disponiendo en cada momento⁷.

José afirma: Tuve la suerte de nacer en una familia cristiana. Estaba acostumbrado a disfrutar de los amigos, de fiestas, del deporte..., con una vida ordenada y siendo un buen chico, tratando de no hacer nada malo a nadie. Vivía tranquilo una fe superficial sin preocupaciones. Cuando acabé la carrera y estaba haciendo un máster en física y matemáticas en Salamanca, empecé a plantearme cuestiones sobre mi vida, sobre las costumbres que había heredado, sobre la misa.

⁶ Ib. pp. 43-64.

⁷ Ib. pp. 79-83.

Ese año conocí un grupo de gente que cambiaron mi vida: conocí a chicos y chicas aparentemente normales por fuera, pero que eran profundamente cristianos y que ahora son mis amigos íntimos. Ese mismo año conocí al padre Alfredo Fernández, que desde entonces me guía. Este sacerdote organizó un grupo de jóvenes profesionales para profundizar en la fe y me uní a ellos y participaba en sus reuniones. En la actualidad estoy comprometido con la pastoral universitaria. Dios me salió al encuentro (suavemente, sin milagros espectaculares), asistiendo a las reuniones con el grupo de amigos. Y ahora me regala el poder ayudar a otros jóvenes a encontrarle a él en la universidad ⁸.

Liliana es colombiana. Su padre nunca la quiso y tuvo que vivir sola con su madre, pasando muchas dificultades. Emigró a España. Buscaba trabajo, pero al principio le resultó difícil. Conoció a su esposo y se casaron. Ella cuenta su encuentro con Dios.

Una noche sentí una fuerte ansiedad interior. Me dieron las dos de la mañana despierta. Me levanté, tomé el libro de mi esposo sobre la confesión y estuve como una hora y media leyendo. Fueron pasando por mi cabeza momentos vividos en los que me había portado mal con la gente. Al día siguiente, mi esposo me invitó a visitar el santuario de Chandavila en “La Codosera” (Badajoz), donde se supone que en el año 1945 se apareció la Virgen a unas niñas. Antes de la misa, había varios sacerdotes confesando. Me confesé con don Francisco, un sacerdote codoserano. Salí del confesonario sin ninguna experiencia especial. Pero al otro día tenía una sensación como nunca la había tenido. Sentía una paz y tranquilidad enorme. Solo quería estar delante de la Virgen orando y deseaba con todas las ganas del mundo poder comulgar y rezar el rosario. Todo lo veía diferente.

Sentía el perdón y el amor de Dios en lo más profundo de mi ser. Como si fuera un ordenador y me hubieran reseteado. Dado que mi esposo pertenecía al Opus Dei, yo también me comprometí y ahora soy supernumeraria ⁹.

Rafael nos cuenta: *Hasta los 34 años estuve en un grupo misionero, pero tuve que irme, porque era un pirata y llevaba una doble o triple vida. Desde los 34 años hasta el 18 de octubre de 2006 he vivido todo lo que un hombre normal puede vivir apartado de Dios. Ese día me fui del trabajo temprano a casa para que no hubiera problemas con mi esposa. Al día siguiente a las 8 a.m. es como si me hubieran agarrado una mano y me hubieran llevado a la parroquia. Oí misa y comulgué. Al día siguiente me confesé. En el momento de la misa, sentí como*

⁸ Ib. pp. 85-90.

⁹ Ib. pp. 91-107.

un gran abrazo del Señor, me fui al trabajo flotando, me sentí ligero como una pluma y solo tenía ganas de llorar. Ese día fue para mí como nacer de nuevo.

A las personas que se sorprenden de que ahora vaya a misa todos los días, les digo que ir a misa todos los días es cuestión de amor más que de obligación y les pongo el ejemplo de los novios, que están deseando verse todos los días. Los antecedentes fueron que en el verano estuve rezando mucho por una persona amiga que tenía cáncer. Para ello me serví del libro de mi hijo “Pablo: Mi primera comunión” y eso preparó mi alma para recibir las bendiciones de Dios. Con el cambio de vida, recuperé mi matrimonio, mis hijos, mis amigos, mi trabajo... He nacido de nuevo, yo que estaba muerto. No encontraba paz ni sosiego en nada. Ahora tengo paz¹⁰.

Rubén refiere: Mi familia era atea, anticristiana. Gracias a una catequista fui monaguillo hasta que entré en una grave crisis. Un amigo mío se suicidó y me rebelé contra Dios. Abandoné la Iglesia y la práctica religiosa. Caí en el alcohol, probé la droga, busqué sustitutos del amor de Dios con el sexo y prostitución, aunque en el fondo nunca negué la existencia de Dios.

El día que murió san Juan Pablo II oí en mi interior la voz del Papa que decía, como el primer día cuando salió al balcón al ser nombrado Papa: “No tengáis miedo”. Esa frase me llegó a lo hondo. Otro día, al regresar de una noche de juerga en el carnaval, me dejaron mi amigos en la puerta de la Casa de la misericordia. Eran las 10 a.m. y, después de 9 años, entré. Rompí a llorar. Una señora llamó a la policía. El policía me preguntó qué me pasaba y le dije que lloraba de alegría. Allí en aquella iglesita empecé a sentir algo que me faltaba hacía mucho tiempo: paz. Decía: “Señor, socórreme, no puedo vivir sin ti”. Sentí el abrazo de Dios como lo sentiría el hijo pródigo. Cuando salí de la capilla, me fui al cementerio y ante la tumba de mi amigo lloré y le dije que él no tenía la culpa de mi rebeldía.

Desde ese día mi vida cambió. Mi primer paso fue dejar el ejército. Yo era militar. A los tres meses mi padre se puso muy grave y murió a los 57 años. En el lecho de muerte me dijo: “Dios existe, hijo, tú tenías razón”¹¹.

Cristina nos dice: Nací en una familia cristiana. Íbamos a misa los domingos, pero me faltaba una experiencia con Dios y sentía un vacío interior. A los 17 años hice un Cursillo de Cristiandad con mis padres, mi hermana y mi novio, que ahora es mi esposo. A todos nos gustó y comenzamos a ir a misa a diario todos juntos temprano. Mi relación con mi novio cambió; hablábamos

¹⁰ Ib. pp. 109-118.

¹¹ Ib. pp. 145-153.

*más de Dios, íbamos juntos a misa. En mi casa había más alegría y más diálogo con mis padres y hermanos. Éramos diez hermanos. En familia rezábamos juntos por la mañana y por la noche bendecíamos la mesa antes de comer y dábamos gracias después de las comidas. Me comprometí con la parroquia y ahora soy miembro del Opus Dei y enseño mi fe con el ejemplo a mis seis hijos*¹².

PRISIONEROS

El Padre Pietro Alagiani era capellán del ejército italiano en la segunda guerra mundial y fue tomado prisionero por los rusos el 19 de diciembre de 1942 en Rusia. Durante 12 años estuvo en distintas cárceles sometido a torturantes interrogatorios y al fin fue condenado por pertenecer a una organización contrarrevolucionaria, la Compañía de Jesús, y por tener relaciones con una potencia extranjera, el Vaticano. Dice: *Durante 9 años, en los traslados por las distintas cárceles y en el aislamiento de la celda, tuve siempre conmigo la inseparable compañía de mi Señor sacramentado. Esto me comunicó una inagotable energía física y moral. Todo lo poseía, poseyendo a Jesús sacramentado.*

*Tuve la fortuna de vivir, sufrir, de comer y trabajar, de dormir y rezar siempre en compañía de Jesús sacramentado. A pesar de las continuas dolencias, del hambre terrible, del frío extremo en invierno, nada lograba disminuir la íntima alegría que experimentaba al pensar que estaba en compañía de Jesús. Jesús transformó ese período en el más hermoso de mi vida hasta el punto de, no solo poder llamar a aquella celdita mi paraíso terrestre, sino de gozar realmente las delicias de una antesala del paraíso celestial. A partir del 5 de marzo de 1953, pude celebrar diariamente la misa. Desde aquel día hasta el gran deseo de libertad se me volvió menos acuciante y menos atormentador, porque en el fondo había deseado la libertad y suspirado por ella, principalmente por estar privado de celebrar la santa misa*¹³.

El padre Antón Luli, jesuita albanés, a quien arrestaron los comunistas en 1947, vivió 17 años prisionero y otros tantos en trabajos forzados. Nos dice: *Prácticamente conocí la libertad a los 80 años, cuando en 1989 pude celebrar misa por primera vez con la gente. Mi vida ha sido un milagro de Dios y me sorprende haber podido sufrir tanto con una fuerza que no era la mía, sino de Dios. Me han oprimido con toda clase de torturas. En una ocasión tuve una experiencia de Dios, que me recordaba la transfiguración de Jesús. Era como si estuviera allí frente a mí y le pudiera hablar. Aquel momento fue determinante*

¹² Ib. pp. 155-161.

¹³ Alagiani Pietro, *Lubianka*, Ed. apostolado de la prensa, Madrid, 1963, pp. 111, 135-137.

para mí, pues comenzaron de nuevo las torturas. Sin aquel amor de Jesús, hubiera muerto quizás desesperado ¹⁴.

En otro caso parecido, Dios se manifestó a un oficial norteamericano en su celda carcelaria de Vietnam, donde estaba prisionero de los comunistas. Su testimonio se lo contó a la Madre Briega McKenna, quien lo cuenta en su libro. *Él le dijo que a las dos semanas de llegar a Vietnam fue capturado y durante ocho años sufrió muchas torturas. Una noche, en un momento de desesperación, clamó a Dios diciendo: “Señor, si tú estás realmente vivo, por favor, ayúdame”. Y en ese momento, su celda se llenó de una luz maravillosa y experimentó que la luz venía hacia él y penetraba dentro de él. Sus piernas estaban llastadas por las torturas, pero a medida que la luz atravesaba sus piernas, desaparecía el dolor. En ese momento supo que Dios vivo estaba presente la celda.*

Con el tiempo fue liberado y le dijo a la hermana: *Yo ya no podía volver a trabajar para la Armada, me retiré porque tenía un celo ardiente en mi corazón de trabajar por Jesús. He aprendido que ser cristiano significa estar comprometido totalmente con Jesús* ¹⁵.

El padre Cizek, norteamericano, fue misionero a Rusia durante la segunda guerra mundial, pero lo tomaron prisionero y pasó cinco años preso en la famosa cárcel Lubianka de Moscú y otros diez en campos de trabajos forzados en Siberia, trabajando en las minas de carbón en medio de un frío extremo en invierno y con un hambre terrible. Pero pudo sobrevivir, a pesar de que, en varias ocasiones, tuvo gravísimos accidentes de trabajo o pudo salvarse de las revueltas de los campos, reprimidas sangrientamente por el ejército.

En su libro *With God in Russia*, traducido al español como *Espía del Vaticano*, va narrando cómo confiaba siempre en la providencia de Dios para salvarse de las más difíciles situaciones y cómo rezaba todos los días el rosario, procurando hacer algunos momentos de oración. Dice: *Durante los cinco años, que estuve en la Lubianka (prisión de Moscú), creció mi convicción de que todo lo que sucedía era voluntad de Dios y que Él me protegía* ¹⁶.

En el campo de trabajos forzados número 5, volví a celebrar la misa que no había podido celebrar desde los tiempos de Dubinka... Era en un taller, ante las mismas barbas del comandante. Disponía, entonces, de un pequeño cáliz y una patena de níquel, que había hecho uno de los presos; el vino era de uvas, que hurtaban de no sé dónde y el pan lo cocían especialmente algunos

¹⁴ Testimonio manifestado en el I encuentro mundial de sacerdotes celebrado en Fátima en 1996.

¹⁵ Briega McKenna, *Una historia de amor de Dios*, pp. 35-36.

¹⁶ Cizek Walter, *Espía del Vaticano*, Ed. Luis de Caralt, Barcelona, 1967, p. 135.

estonianos católicos, que trabajaban en la cocina... Era peligroso que asistiesen muchos por el peligro de llamar la atención; pero, a medida que corrió la voz, ya eran más los que deseaban asistir a la misa. Al cabo de cierto tiempo, el padre Casper y yo fuimos más atrevidos y empecé a celebrar la misa en uno de los barracones, donde la mayoría eran polacos y lituanos y el brigada tenía sentimientos religiosos... Me cambiaron de alojamiento y mis antiguos feligreses venían a mi nuevo alojamiento por la noche y, entre juegos de cartas y dominó, confundidos entre las conversaciones de los demás, los confesaba y les daba la comunión.

Luego, salía a dar una vuelta como para distraerme y lo que hacía era confesar a uno o a varios mientras paseábamos. Si había muchas confesiones o tenía que dar algunas comuniones, conveníamos encontrarnos a la mañana siguiente temprano en algún sitio del campo, como por casualidad, en grupos de dos o tres, y así podíamos llevar a cabo lo que nos proponíamos. Otras veces, daba la comunión por la noche, después de la misa, y era lo que yo prefería, pues se corría el riesgo de perder los santos sacramentos en un registro nocturno... Después, cambiamos de táctica yendo a barracas distintas a celebrar la misa y así evitábamos sospechas. Celebraba en algún barracón donde el jefe de la brigada era amigo y mientras él vigilaba desde la puerta para que no entrase ningún extraño. Los sermones y los consejos los daba paseándonos arriba y abajo como si discutiésemos algún tema de interés general. Incluso, conseguí que algunos hicieran una confesión general cada mes ¹⁷.

Cuenta también cómo, cuando celebraba la misa sentía una inmensa paz que le daba fuerzas para soportar todas las dificultades de la vida en el campo de trabajos. Al celebrarla, era consciente de ser ministro de Jesús y le ofrecía todas las necesidades, problemas y sufrimientos del mundo entero, especialmente de los que vivían con él. Nos dice: *Muchas veces yo pensaba que los sacerdotes, que nunca han sido privados de la oportunidad de celebrar misa, no aprecian realmente el tesoro que es la misa. Yo sé los sacrificios que hacíamos para celebrar en aquellas condiciones, estando hambrientos. Yo he visto sacerdotes que estaban en ayunas todo el día y trabajar con el estómago vacío para tener la posibilidad de celebrar la misa (en aquel tiempo había que guardar ayuno desde las doce de la noche del día anterior). Yo lo hice con frecuencia. Y, algunas veces, si no podíamos celebrar la misa al mediodía, en el descanso para comer, debíamos esperar hasta la noche. A veces, en verano, debíamos quitarnos tiempo al sueño para levantarnos temprano, antes de ir a trabajar, para celebrar la misa en algún lugar escondido. Vivíamos como en las catacumbas, con nuestras misas secretas. Si nos descubrían, éramos severamente castigados y siempre había informantes. Pero valía la pena correr todos los riesgos y sacrificios por*

¹⁷ Ib. 198-199.

*celebrar la misa. La misa era un tesoro para nosotros. La anhelábamos y hacíamos cualquier sacrificio con tal de poder celebrarla o asistir a ella*¹⁸.

Cuando no podíamos celebrar la misa, teníamos hostias consagradas escondidas para poder, al menos, comulgar cada día y celebrar la misa espiritual sin pan ni vino, recitando todas las oraciones... Pero, por las tardes, cuando los demás estaban jugando cartas o leyendo o conversando, yo y el padre Víctor, como si estuviéramos conversando, celebrábamos la misa de memoria. En algunas oportunidades, podíamos internarnos en el bosque, durante los trabajos, y allí celebrábamos la misa sobre un tronco de árbol. Nunca me olvidaré de aquellas misas celebradas en los bosques de los Urales... ¡Cuánto significaba para nosotros el celebrar la misa y tener el cuerpo y la sangre de Jesús con nosotros!

*Podíamos sentir sus efectos en la vida diaria. Para nosotros era una necesidad el celebrar la misa... La celebrábamos sin ayudantes, sin velas, sin flores, sin música ni manteles blancos; simplemente con un vaso corriente para echar unas gotas de vino y un pedazo de pan con levadura*¹⁹.

El obispo vietnamita Nguyen Van Thuan nos cuenta: *Cuando me arrestaron, tuve que marcharme enseguida, con las manos vacías. Al día siguiente me permitieron escribir a los míos para pedir lo más necesario: ropa, pasta de dientes... Les puse: “Por favor, envíadme un poco de vino como medicina contra el dolor de estómago”. Los fieles comprendieron enseguida.*

Me enviaron una botellita de vino de misa, con la etiqueta: “medicina contra el dolor de estómago”, y hostias escondidas en una antorcha contra la humedad.

La policía me preguntó:

- ¿Le duele el estómago?

- Sí.

- Aquí tiene una medicina para usted.

Nunca podré expresar mi gran alegría: diariamente, con tres gotas de vino y una gota de agua en la palma de la mano, celebré la misa. ¡Este era mi altar y ésta era mi catedral! Era la verdadera medicina del alma y del cuerpo: “Medicina de inmortalidad, remedio para no morir, sino para vivir siempre en Jesucristo”, como dice Ignacio de Antioquía.

¹⁸ Cizek Walter, *He leadeth me*, Ignatius Press, San Francisco, 1995, p. 122.

¹⁹ *Ib.* 124-127.

Cada día, al recitar las palabras de la consagración, confirmaba con todo el corazón y con toda el alma un nuevo pacto, un pacto eterno entre Jesús y yo, mediante su sangre mezclada con la mía. ¡Han sido las misas más hermosas de mi vida!

Así me alimenté durante años con el pan de la vida y el cáliz de la salvación. En la prisión, sentía latir en mi corazón el corazón de Cristo. Sentía que mi vida era su vida, y la suya era la mía. La Eucaristía se convirtió para mí y para los demás cristianos en una presencia escondida y alentadora en medio de todas las dificultades. Jesús en la Eucaristía fue adorado clandestinamente por los cristianos que vivían conmigo, como tantas veces ha sucedido en los campos de concentración del siglo XX.

En el campo de reeducación estábamos divididos en grupos de 50 personas; dormíamos en un lecho común; cada uno tenía derecho a 50 cm. Nos arreglamos para que hubiera cinco católicos conmigo. A las 21:30 había que apagar la luz y todos tenían que irse a dormir. En aquel momento me encogía en la cama para celebrar la misa, de memoria, y repartía la comunión pasando la mano por debajo de la mosquitera. Incluso fabricamos bolsitas con el papel de los paquetes de cigarrillos para conservar el Santísimo Sacramento y llevarlo a los demás. Jesús Eucaristía estaba siempre conmigo en el bolsillo de la camisa.

Una vez por semana había una sesión de adoctrinamiento en la que tenía que participar todo el campo. En el momento de la pausa, mis compañeros católicos y yo aprovechábamos para pasar un saquito a cada uno de los otros cuatro grupos de prisioneros: todos sabían que Jesús estaba en medio de ellos. Por la noche, los prisioneros se alternaban en turnos de adoración. Jesús eucarístico ayudaba de un modo inimaginable con su presencia silenciosa. Muchos cristianos volvían al fervor de la fe. Su testimonio de servicio y amor producía un impacto cada vez mayor en los demás prisioneros. Budistas y otros no cristianos alcanzaban la fe. La fuerza del amor de Jesús era irresistible.

La prisión se transformó en escuela de catecismo. Los católicos bautizaron a sus compañeros; eran sus padrinos. Jesús se convirtió en el verdadero compañero nuestro en el Santísimo Sacramento ²⁰.

²⁰ Nguyen van Thuan, *Testigos de la Esperanza*, Ed. Ciudad Nueva, Madrid, 2000, pp. 145-148.

ATEOS

Paúl Claudel (1868.1955) cuenta que en 1886, el 25 de diciembre, siendo ateo, fue a la iglesia de Notre Dame de París para asistir a los oficios de Navidad. Dice: *Asistí con un placer mediocre a la misa mayor. Después, como no tenía otra cosa que hacer, volví a Vísperas. Los niños del coro, vestidos de blanco, estaban cantando lo que después supe que era el Magníficat. Yo estaba de pie entre la muchedumbre cerca del segundo pilar a la entrada del coro, a la derecha del lado de la sacristía. Entonces se produjo el acontecimiento clave con tal fuerza de adhesión, con tal agitación de todo mi ser, con una convicción tan fuerte, con tal certeza, que no dejaba lugar a ninguna clase de duda. De modo que todos los libros, todos los razonamientos, todos los avatares de mi agitada vida, no han podido sacudir mi fe ni a decir verdad, tocarla. De repente, tuve el sentimiento desgarrador de la inocencia de la eterna infancia de Dios. Era una verdadera revelación interior. Fue como un destello. Dios existe y está ahí. Las lágrimas y sollozos acudieron a mí y el canto tan tierno del “Adeste fideles” aumentaba mi emoción* ²¹. En este caso Dios se le manifestó con todo su poder y claridad estando en la iglesia.

En el caso de Alexis Carrei (1873-1944) la presencia y el poder de Dios se le manifestó al ver ante sus ojos asombrados un milagro real. Se trataba de la enferma María Bailly que había ido en 1903 en peregrinación a Lourdes con otros enfermos. Su enfermedad incurable era peritonitis tuberculosa. La llevaron ante la gruta de la Virgen. El médico Carrel se fijó en ella, porque creía que estaba tan mal que podía morir en cualquier momento. Pero en un momento dado la joven, con los ojos brillantes y extasiados, fijos en la gruta, sentía que algo mejoraba en su cuerpo. De pronto Carrel se sintió palidecer al ver cómo en el lugar correspondiente a la cintura de la enferma, el cobertor iba descendiendo poco a poco hasta el nivel del vientre.

La joven a los pocos momentos pidió una taza de leche y la bebió entera. Levantó la cabeza, miró en torno suyo, se movió y no dio muestras de dolor. Eran cerca de las cuatro de la tarde. Y dice Carrel: *Acababa de suceder lo imposible, lo inesperado, el milagro. Aquella muchacha, agonizante poco antes, estaba casi curada. Ella le dijo: Doctor, estoy completamente curada, aunque me siento débil. Aquella moribunda, de rostro cianótico, vientre distendido y corazón agitado, habíase convertido en pocas horas en una joven casi normal, solamente demacrada y débil. Era el milagro, el gran milagro que hace vibrar a las multitudes, atrayéndolas alocadas a Lourdes. María Bailly la curada por la*

²¹ Paul Claudel, *Ma conversión en Les temoins de la revista Renouveau catholique de Th. Mainage*, pp. 63-71.

Virgen, se hizo religiosa de la caridad de San Vicente de Paúl y murió en 1937, 34 años después del milagro ²².

Manuel García Morente (1886-1942) fue un gran filósofo español. Era ateo y, aunque había hecho la primera comunión, al morir su madre se alejó de la fe siguiendo los pasos de su padre. Al comenzar la guerra civil tuvo que huir a Francia. Y en la noche del 29 al 30 de abril de 1937, escuchando música de Berlioz, se sintió tranquilo. Después cerró la radio y se puso a pensar en Jesucristo y en diferentes episodios, especialmente en la crucifixión. Y pensó: *Él era verdadero Dios*. Sintió deseos de rezar y, puesto de rodillas, empezó a balbucear el padrenuestro, pero se le había olvidado. Recordó a su madre, que murió cuando él tenía nueve años. Ella le hablaba de Dios. Y sintió mucha paz interior. Eran las doce en punto de la noche. Pensó que al día siguiente iba a comprar algunos libros religiosos para instruirse y aprender oraciones. Y de pronto Dios irrumpió en la habitación. Dice que abrió la ventana de par en par y al volverse hacia el interior anota:

Me quedé petrificado. Allí estaba Él. Yo no lo veía, yo no lo oía, yo no lo tocaba. Pero Él estaba allí. En la habitación no había más luz que la de una lámpara eléctrica, de esas diminutas, de una o dos bujías, en un rincón. Yo no veía nada, no oía nada, no tocaba nada. No tenía la menor sensación. Pero Él estaba allí. Yo permanecía inmóvil, agarrotado por la emoción. Y le percibía; percibía su presencia con la misma claridad con que percibo el papel en que estoy escribiendo y las letras que estoy trazando. Pero no tenía ninguna sensación ni en la vista, ni en el oído, ni en el tacto, ni en el olfato, ni en el gusto. Sin embargo, le percibía allí presente con entera claridad. Y no podía caberme la menor duda de que era Él, puesto que le percibía aunque sin sensaciones.

¿Cómo es esto posible? Yo no lo sé, pero sé que Él estaba allí presente y que yo, sin ver, ni oír, ni oler, ni gustar, ni tocar nada, lo percibía con absoluta e indiscutible evidencia... No sé cuánto tiempo permanecí inmóvil y como hipnotizado ante su presencia. Sí sé que no me atreví a moverme y que hubiera deseado que todo aquello –Él allí– durara eternamente, porque su presencia me inundaba de tal y tan íntimo gozo, que nada es comparable al deleite sobrehumano que yo sentía...

¿Cómo terminó la estancia de él allí? No lo sé. En un instante desapareció. Una milésima de segundo antes estaba él aún allí y yo lo percibía y me sentía inundado de ese gozo sobrehumano que he dicho. Una milésima de

²² Puede leerse el libro de Alexis Carrel, *Viaje a Lourdes*, Ed. Iberia, Barcelona, 1957.

segundo después, ya no estaba allí, ya no había nadie en la habitación. Debió durar su presencia un poco más de una hora ²³.

Fue tal el impacto en su vida que, cuando murió su esposa, decidió entregarse totalmente al servicio de Dios y se ordenó sacerdote en 1940. Se dedicó especialmente a dar clases de filosofía en la universidad autónoma de Madrid y murió en la paz de Dios el 7 de diciembre de 1942.

San Charles de Foucauld (1858-1916) se convirtió a la fe católica después de ser prácticamente ateo y se hizo sacerdote. Estando como ermitaño en Tamanrasset, adorando a Jesús Eucaristía, lo mataron. Él solía decir: *¡Qué delicia tan grande, Señor, poder pasar 15 horas sin nada más que hacer que mirarte y decirte: Te amo!*

Tatiana Goricheva, atea comunista rusa. Se decepcionó del comunismo y buscaba un sentido para su vida. Nos dice: *Cansada y desilusionada realizaba mis ejercicios de yoga y repetía los mantras. Hasta ese instante yo nunca había pronunciado una oración, y no conocía realmente oración alguna. Pero el libro de yoga proponía como ejercicio una plegaria cristiana, en concreto la oración del Padrenuestro. ¡Justamente la oración que nuestro Señor había recitado personalmente! Empecé a repetirla mentalmente como un mantra, de un modo inexpresivo y automático. La dije unas seis veces; entonces de repente me sentí trastornada por completo. Comprendí —no con mi inteligencia ridícula, sino con todo mi ser— que Él existe. ¡Él, el Dios vivo y personal, que me ama a mí y a todas las criaturas, que ha creado el mundo, que se hizo hombre por amor, el Dios crucificado y resucitado!*

En aquel instante comprendí y capté el “misterio” del cristianismo, la vida nueva y verdadera. ¡Ésa era la redención efectiva y auténtica! En aquel momento todo cambió en mí. El hombre viejo había muerto. No sólo di de mano a mis valoraciones e ideales anteriores, sino también a las viejas costumbres.

Finalmente también mi corazón se abrió. Empecé a querer a las personas. Inmediatamente después de mi conversión, todas las gentes se me presentaron sin más como admirables habitantes del cielo y estaba impaciente por hacer el bien y servir a Dios y a los hombres.

¡Qué alegría y qué luz esplendorosa brotó entonces en mi corazón! Pero no sólo en mi interior; no, el mundo entero, cada piedra, cada arbusto estaban inundados de una suave luminosidad. El mundo se transformó para mí en el manto regio y pontifical del Señor. ¿Cómo no lo había percibido hasta entonces?

²³ Manuel García Morente, *El hecho extraordinario*, Ed. Rialp, Madrid, 2002, pp. 36-43.

Así empezó de nuevo mi vida. Mi redención era algo perfectamente concreto y real; había llegado de modo repentino, aunque la había anhelado desde mucho tiempo atrás, y sólo el Espíritu Santo pudo realizarla en mí, porque sólo Él puede crear una “nueva criatura” y puede reconciliarla con el Eterno. Sólo por Él y su gracia puede solucionarse el conflicto central de la personalidad humana, el conflicto entre libertad y obediencia ²⁴.

DOUGLAS HYDE (1911-1981) era ateo y comunista. Durante 20 años fue el director del periódico *Daily Worker*, el periódico del partido comunista inglés, pero se fue desilusionando del comunismo. Y encontró a Dios en una visita a una iglesia. Él refiere: *Un día al salir de la oficina, entré a una iglesia católica. Permanecí una hora sentado en la oscuridad, iluminada sólo por la vacilante llama de las velas del altar. A la mañana siguiente, volví teniendo cuidado de entrar, cuando no me viera nadie... Cuanto más veía aquella iglesia, más me gustaba. Pero seguía sin poder rezar. Era ridículo y degradante arrodillarse, un signo de sumisión, de rendimiento, de humildad. Era como hablar con alguien que no estaba presente, que ni siquiera existía. Pero yo seguía yendo día tras día, noche tras noche* ²⁵.

Una mañana sucedió algo. Estaba sentado en la penumbra de Santa Etheldreda en el último banco como de costumbre, cuando entró una joven de unos dieciocho años, pobremente vestida y no muy agraciada. A mí me parecía que sería una criada irlandesa. Pero, al pasar por mi lado, vi la expresión de su rostro: estaba preocupada.

Como yo, tenía evidentemente alguna grave preocupación. Con paso decidido avanzó por el centro de la iglesia hacia el altar, después giró hacia la izquierda, encaminándose a un reclinatorio en el que se arrodilló delante de Nuestra Señora, después de haber encendido una vela y echado unas monedas en la alcancía.

A la luz de la llama de la vela, pude ver cómo sus manos pasaban unas cuentas y cómo inclinaba la cabeza de vez en cuando. Aquella era una práctica católica que yo desconocía. Aquel era el mundo de la fe. Aquel era el mundo que yo buscaba ¿Era una superstición? ¿Era el mundo propio de los salvajes? Al pasar a mi lado, cuando salía, miré el rostro de la joven. Fuera cual fuera su preocupación había desaparecido. Sencillamente desaparecido. Y yo hacía meses y años que llevaba a cuestas el peso de la mía.

²⁴ Goricheva Tatiana, *Hablar de Dios resulta peligroso*, Ed. Herder, Barcelona, 1987, pp. 265ss.

²⁵ Hyde Douglas, *Yo creí*, Ed. Luis de Caralt, Barcelona, 1952, p. 288

Cuando estuve seguro de que nadie me veía, me encaminé casi como un perro por el centro de la iglesia como ella había hecho. Al llegar al altar, giré a la izquierda, eché unas monedas en la alcancía, encendí una vela, me arrodillé en el reclinatorio e intenté rezar a Nuestra Señora. Pero era lo mismo que me ahorcaran por una oveja que por un cordero. Si iba a ser supersticioso e iba a rezar a alguien que no estaba allí, bien podría dar un paso más en mi superstición y rezar a una imagen. Pero ¿cómo se rezaba a Nuestra Señora? Yo no lo sabía. ¿Se rezaba a Ella o por medio de Ella como si fuese una intermediaria? ¿Se contemplaba la imagen para ver la realidad que había tras ella o había que dirigir las palabras solamente a la imagen? Tampoco lo sabía. Intenté recordar alguna oración dedicada a Ella de la literatura medieval o algo de los poemas de Chesterton o Belloc. Pero fue inútil... Fuera de la iglesia traté de recordar las palabras que había pronunciado y casi me eché a reír. Eran la letra de una música de baile del año veinte de un disco de gramófono que había comprado en mi adolescencia: Oh dulce y encantadora señora, sed buena. Oh Señora, sed buena conmigo ²⁶.

A las ocho y media de la noche del 17 de enero de 1948 telefoneé al colegio de los jesuitas de nuestro barrio para bautizar a nuestros dos hijos... y nuestra instrucción comenzó bajo la dirección del Padre Joseph Corr, un santo y culto anciano jesuita del norte de Irlanda, que comenzó su tarea sin hacernos más preguntas. Tardó semanas en saber quién era yo ²⁷.

Douglas Hyde, un gran convertido, un gran luchador por la causa de Dios contra los comunistas, que le habían mentido y engañado durante veinte años, inculcándole odio contra Dios y contra los *reaccionarios* creyentes

ANDRÉ FROSSARD (1915-1995) ha escrito el testimonio de su conversión en su libro *Dios existe, yo me lo encontré*. En él nos va contando cómo era de esos *ateos perfectos*, de éstos que ni se preguntan por su ateísmo.

Nos parecían patéticos y un poco ridículos aquellos últimos militantes anticlericales que todavía predicaban contra la religión en las reuniones públicas, al igual que lo serían unos historiadores que se esforzaran por refutar la fábula de Caperucita roja... El ateísmo perfecto no era el que negaba a Dios, sino aquel que ni siquiera se planteaba el problema ²⁸.

²⁶ Ib. p. 290.

²⁷ Ib. p. 299.

²⁸ André Frossard, *Dios existe, yo me lo encontré*, Ed. Rialp, Madrid, 2001, p. 26.

Aquí sobreviene el acontecimiento que está en el centro, debería decir en el comienzo de mi vida, puesto que, por la gracia del bautismo, debía revestir la forma de un nuevo nacimiento.

Un acontecimiento que iba a operar en mí una revolución tan extraordinaria, cambiando en un instante mi manera de ser, de ver, de sentir, transformando tan radicalmente mi carácter que mi familia se alarmó. Todavía la víspera era un muchacho rebelde y fácilmente insolente, es verdad, pero desde el punto de vista de la estadística, normal, gravitando en un círculo de ideas conocidas, teniendo, en materia de educación sentimental, el desorden que se decía propio de su edad... Al día siguiente, era un niño dulce, asombrado, lleno de una alegría grave, que se derramaba sobre unos allegados, desconcertados por la excentricidad de ese cardo, que inopinadamente florecía en rosas²⁹.

Habiendo entrado, a las cinco y diez de la tarde en una capilla del barrio latino de París en busca de un amigo, salí a las cinco y cuarto en compañía de una amistad que no era de la tierra. Habiendo entrado allí escéptico y ateo de extrema izquierda, volví a salir algunos minutos más tarde, católico, apostólico, romano y arrollado por la ola de una alegría inagotable. Al entrar tenía veinte años. Al salir era un niño listo para el bautismo³⁰.

Sus padres, ateos y comunistas, se asustaron y le hicieron examinar por un médico amigo, ateo y buen socialista, que concluyó con que era una crisis de misticismo y que esa crisis duraba generalmente unos dos años. No había más que tener paciencia. Pero su crisis o conversión le duró toda la vida. Incluso, su hermana menor se convirtió pronto y su madre también, aunque bastantes años después. Pero veamos cómo cuenta el suceso clave del momento de su conversión. Era el 8 de julio de 1935 y su padre era el secretario general del partido comunista francés. Entró a una capilla, donde había Exposición del Santísimo Sacramento, a buscar a su amigo Willemin, pues le parecía que tardaba demasiado. Él dice así:

El fondo de la capilla está vivamente iluminado. Sobre el altar mayor, revestido de blanco, hay un gran aparato de plantas, candelabros y adornos. Todo está dominado por una gran cruz de metal labrado, que lleva en el centro un disco de un blanco mate (la custodia). Yo he entrado en iglesias, por amor al arte, pero nunca he visto una custodia e ignoro que estoy ante el Santísimo Sacramento... Mi mirada pasa de la sombra a la luz, va de los fieles a las religiosas inmóviles, de las religiosas al altar. Luego ignoro por qué, se fija en el segundo cirio que arde a la izquierda de la cruz. Entonces, se desencadena

²⁹ Ib. p. 133.

³⁰ Ib. p. 6.

*bruscamente la serie de prodigios, cuya inexorable violencia va a dismantelar en un instante el ser absurdo que soy y va a traer al mundo, deslumbrado, al niño que jamás he sido... No digo que el cielo se abre; no se abre, se eleva, se alza de pronto en fulguración silenciosa... Es un cristal indestructible, de una transparencia infinita, de una luminosidad casi insostenible (un grado más me aniquilaría), un mundo distinto, de un resplandor y de una densidad que despiden al nuestro a las sombras frágiles de los sueños incompletos. Él es la realidad, él es la verdad, la veo desde la rivera oscura donde aún estoy retenido. Hay un orden en el universo y en su vértice, más allá de este velo de bruma resplandeciente, la evidencia de Dios; la evidencia hecha presencia y la evidencia hecha persona de aquel mismo a quien yo habría negado un momento antes y que es dulce, con una dulzura no semejante a ninguna otra*³¹.

*Dios estaba allí, revelado y oculto por esa embajada de luz que, sin discursos ni figuras, hacía comprenderlo todo, amarlo todo... El milagro duró un mes. Cada mañana volvía a encontrar con éxtasis esa luz que hacía palidecer al día, esa dulzura que nunca habría de olvidar y que es toda mi ciencia teológica... Sin embargo, luz y dulzura perdían cada día un poco de intensidad. Finalmente, desaparecieron sin que, por eso, me viese reducido a la soledad... Un sacerdote del Espíritu Santo se hizo cargo de prepararme para el bautismo, instruyéndome en la religión de la que no he de precisar que no sabía nada. Lo que me dijo de la doctrina cristiana lo esperaba y lo recibí con alegría; la enseñanza de la Iglesia era cierta hasta la última coma, y yo tomaba parte en cada línea con un redoble de aclamaciones, como se saluda una diana en el blanco. Una sola cosa me sorprendió: la Eucaristía, y no es que me pareciese increíble; pero me maravillaba que la caridad divina hubiese encontrado ese medio inaudito de comunicarse y, sobre todo, que hubiese escogido para hacerlo el pan que es alimento del pobre y alimento preferido de los niños. De todos los dones esparcidos ante mí por el cristianismo, ése era el más hermoso*³².

*Me sentía agradecido a aquellas ancianas que iban a la primera misa... Un arranque de gratitud me llevaba hacia ellas y hacia todos aquellos que habían guardado la fe; hubiera dicho, por poco, que me habían guardado la fe. La idea de que la religión habría podido desaparecer de la superficie de la tierra antes de mi llegada, me daba el escalofrío de los terrores retrospectivos... ¡Qué bien estábamos bajo las vigas de piedra gris en la soledad de esos graneros donde el sacerdote, acompañado por la imperceptible música del amanecer, realizaba en el altar su milagro tranquilo!*³³

³¹ Ib. p. 155-158.

³² Ib. p. 162-164.

³³ Ib. p. 137.

Su padre lo metió en la Marina, donde estuvo 10 años. Y dice: *Por la mañana asistía a la primera misa. A mediodía, me iba a sacar una hora de oración a Saint Roch... Tras esa hora, pasada al sol del sagrario con las delicias habituales, me llegaba a un pequeño restaurante vecino, confiando mis pensamientos a mi ángel de la guarda. Por la tarde, entre dos parques por encerrar, recitaba el rosario, que se me hacía corto. No me cansaba la repetición de las avemarías. Terminada la jornada, me iba a recibir una bendición aquí o allá, antes de reanudar la lectura de santa Teresa de Ávila, por quien tenía una admiración sin límites... Este género de vida parecerá hoy absurdo o extravagante. ¿Puede pensarse en un joven robusto, en el umbral de la vida, que pasa rezando seis horas al día y dedica el resto del tiempo a lecturas espirituales? ¿Puede pensarse en un joven, doliéndose de sus pequeñas distracciones y reprochándose no haber mantenido hasta la hora del sueño la cara vuelta a las invisibles cimas, de donde provenía su alegría? ¿Qué otra cosa podía hacer? El cielo era mi elemento natural. ¿Acaso se queja el pez de tragar demasiada agua?*³⁴.

Quiso entrar, en dos oportunidades, cartujo o trapense, pero vio que no era la voluntad de Dios y buscó en el matrimonio la vocación de su vida. Llegó a ser el más importante escritor católico francés del siglo XX.

JUDÍOS

Eugenio Zolli (1881-1956) en 1940 fue nombrado rabino de Roma y manifiesta: *En 1944 estaba presidiendo las liturgias religiosas en la sinagoga de Roma. En medio de una multitud de personas comencé a sentir como una niebla espesa en mi alma y perdiendo contacto con las personas y cosas que me rodeaban... Era la última función litúrgica y yo estaba con dos asistentes, uno a mi derecha y el otro a mi izquierda, pero les dejé recitar a ellos solos las oraciones y el canto. No sentí ni alegría ni dolor. Y de pronto vi con los ojos de la mente un prado con hierba luminosa, pero sin flores. En ese prado vi a Jesucristo, vestido con un manto blanco y sobre su cabeza el cielo azul. Entonces experimenté una inmensa paz interior. Si tuviera que dar una imagen del estado de mi alma, diría que era un límpido lago cristalino entre altas montañas. Dentro de mi corazón, escuché las palabras: “Tú estás aquí por última vez”. Las tomé en consideración con la más grande serenidad de espíritu. Y respondí: “Amén, así es, así será y así debe ser”*³⁵.

³⁴ Frossard André, *¿Hay otro mundo?*, Ed. Rialp, Madrid, 1981, pp. 100-102.

³⁵ Zolli Eugenio, *Prima dell'alba*, Ed. San Paolo, Milano, 2004, p. 267.

Jery Westerson era una periodista, escritora y novelista judía, aunque se consideraba atea. Un día fue a una abadía benedictina para hacer entrevistas a los monjes para su última novela sobre los monjes de la Edad Media. Aquella noche durmió en el monasterio y asegura: *De repente, sin pensarlo, sentí una presencia inmensa que venía de fuera y que me rodeó y llegó a lo más profundo de mi ser. Y una voz que me dijo: “Despierta”. Yo me sentía como un vaso vacío que es llenado al instante. En aquel momento la atea judía se dio cuenta de que aquella voz era de Dios.*

*En la mañana siguiente asistí a misa y allí fui de nuevo tocada por una emoción que no podía comprender. Me senté y lloré sin comprender la gran magnitud de lo que Dios estaba haciendo en mí. El día de mi bautismo me emocioné muchísimo. Mi hijo se bautizó seis meses después y mi esposo dos años más tarde*³⁶.

Martín Barrack era un judío que se casó con una buena católica. Nos dice sobre su conversión: *Durante 20 años de matrimonio viví como judío y mi esposa como católica. Un día, cuando yo tenía 43 años, caminaba hacia un centro comercial y sentí una paz muy grande según me acercaba a la iglesia católica cercana y una voz interior me decía: “Yo te amo, siempre te he amado. Ven a casa”. Cuando pasé la iglesia, el sentido de paz disminuyó. Yo pensé que todo había sido cosa de la imaginación, pues desapareció al llegar al centro comercial. Pero lo mismo sucedió al regresar. Según me acercaba a la iglesia, tenía el mismo sentimiento de paz. Unas semanas más tarde yo había olvidado lo sucedido y me sucedió lo mismo con la misma voz interior. Por fin me decidí y la vigilia de Pascua de 1989 fue el día más grande de mi vida. Recibí los tres sacramentos de bautismo, confirmación y comunión*³⁷.

Sor Mary of Carmen fue una religiosa carmelita descalza de Londres. Ella era de familia judía. Sus padres la llevaron a estudiar, cuando tenía 11 años, a un colegio de religiosas de Londres. Me escribió en una carta su conversión: *Un día una amiga católica me invitó a visitar la capilla del colegio y, al entrar, instantáneamente, sin pensarlo, sentí con una fuerte claridad que allí en el sagrario, que yo llamaba box, allí estaba Dios. No sabría explicarlo, pero esto mismo me pasó en las dos siguientes iglesias católicas que visité. Entonces me di cuenta de que la Iglesia católica tenía la presencia de Dios y decidí hacerme católica y ser religiosa como las hermanas de mi colegio.*

³⁶ Moss Rosalind, *Home at last*, Ed. catholic answers, San Diego, 2000, pp. 60-70.

³⁷ Resumen del artículo escrito por el autor en *Surprised by truth*, vol 2, Ed. Sophia institute press, Manchester, 2000, pp. 261-278.

Ella se bautizó a los 14 años y sus padres se bautizaron y se casaron por la Iglesia cuatro años más tarde.

Las religiosas adoratrices del Santísimo Sacramento tienen en Ceuta un colegio para niñas pobres musulmanas. Y me decían cuando yo estaba allí de capellán militar, que las chicas del colegio, sin saber nada de la Eucaristía, aseguraban que, cuando iban a la capilla, sentían que allí en el sagrario estaba Dios. Era como una sensación interior muy fuerte que no podían explicar.

HERMANN COHEN (1820-1871) fue un famoso músico y pianista judío, nacido en Hamburgo (Alemania), aunque vivió casi toda su vida en Francia. Desde niño fue considerado como un niño prodigio de la música, pero sus triunfos musicales hicieron de él un joven caprichoso e inmoral.

Pero Dios lo estaba esperando. Tenía veintiséis años. Un viernes de mayo de 1847 fue a la iglesia de santa Valeria de París, situada en la calle Borgoña, cercana a su domicilio. Tenía que dirigir el coro de la iglesia, porque su amigo, el príncipe de la Moscowa, le había pedido que lo reemplazara, ya que él no podía asistir. Y, en el momento de la bendición con el Santísimo Sacramento, sintió una gran emoción y una gran paz. Volvió los viernes siguientes y, en el momento de la bendición con el Santísimo, sentía la misma emoción con una paz inmensa.

Pasado el mes de mayo, volvió cada domingo a la misa a la iglesia de santa Valeria, como si un fuerte instinto lo guiara hasta allí. Buscó un sacerdote, el Padre Legrand, para que le hablara de la religión católica y dice: *La benévola acogida del sacerdote me impresionó vivamente e hizo caer de un golpe uno de los prejuicios más sólidamente arraigados en mi mente: Tenía miedo a los sacerdotes. Sólo los conocía por las novelas, que los representaban como hombres intolerantes, que sin cesar tenían en los labios las amenazas de la excomunión y las llamas del infierno. Y me encontré con un hombre instruido, modesto, bueno, franco, que lo esperaba todo de Dios*³⁸.

A principios de agosto de ese año 1847, tuvo que hacer un viaje a Alemania y el domingo 8 de agosto fue a misa a la parroquia de Ems. *Allí la presencia invisible, pero sentida por mí, de un poder sobrehumano, empezaron a agitarme. La gracia divina se complacía en derramarse sobre mí con toda su fuerza. En el acto de la elevación (de la hostia y del cáliz) a través de mis párpados sentí, de pronto, brotar un diluvio de lágrimas, que no cesaban de correr... ¡Oh momento por siempre jamás memorable para la salud de mi alma! Te tengo presente en mi mente con todas las sensaciones celestiales que me trajiste de lo Alto... Experimenté, entonces, lo que sin duda san Agustín debió*

³⁸ Sylvain Charles, *Hermann Cohen, apóstol de la Eucaristía*, Ed. gratis date, Pamplona, 1998, p. 24.

sentir en su jardín de Casiciaco al oír el famoso “Toma y lee”... De pronto y espontáneamente, como por intuición, empecé a manifestar a Dios una confesión general interior y rápida de todas las enormes faltas cometidas desde mi infancia... Y, al mismo tiempo, sentía también una calma desconocida, que pronto vino a extenderse sobre mi alma como bálsamo consolador... Al salir de la iglesia de Ems, era ya cristiano. Sí, tan cristiano como es posible serlo, cuando no se ha recibido aún el santo bautismo ³⁹.

A partir de ese día, estaba hambriento de la comunión eucarística. Regresó a París y el día 15 de ese mes de agosto, asistió en la capilla de la calle Regard al bautismo de cuatro judíos convertidos. El bautismo lo administraba el Padre Teodoro de Ratisbona, también judío convertido. Para él la ceremonia fue de gran emoción y le hizo suspirar por su propio bautismo, que se realizó el 28 de agosto, fiesta de san Agustín. Y en el momento de la ceremonia, dice él mismo:

Mi cuerpo se estremeció y sentí una conmoción tan viva y tan fuerte que no sabría compararla mejor que al choque de una máquina eléctrica. Los ojos de mi cuerpo se cerraron, al mismo tiempo que los del alma se abrían a una luz sobrenatural y divina. Me encontré como sumido en un éxtasis de amor y me pareció participar de los gozos del paraíso y beber el torrente de delicias con las que el Señor inunda en la tierra a sus elegidos ⁴⁰.

Su entrega a Jesús era total. Por eso, entró en el convento de los Padres carmelitas descalzos, tomando el nombre religioso de fray Agustín del Santísimo Sacramento. Y se ordenó de sacerdote el 20 de abril de 1851. A partir de ese día, toda su actividad sacerdotal la enfocó en fomentar el culto a Jesús Eucaristía.

TEODORO DE RATISBONA nació en 1802. Era hijo de un banquero judío de Estrasburgo y consideraba al cristianismo como una especie de idolatría. Escribe:

¡Cuántos combates tuve que sostener contra mis prejuicios y mis repugnancias anticristianas! ¡Más que dificultades de orden intelectual eran las torturas de una conciencia judaica las que había de superar! ¡Yo creía en Jesucristo, pero no podía invocarlo ni pronunciar su Nombre! ¡Tan profunda e inveterada es la aversión que sienten los judíos hacia Él!

Estando enfermo, no me atrevía a invocar al Dios de la fe cristiana por temor de ofender al Dios de Abraham. La oscuridad era terrible, pero triunfó la gracia. El nombre de Jesús brotó de mi boca como un grito de angustia. Esto era

³⁹ Ib. p. 24.

⁴⁰ Ib. p. 27.

*en la tarde, a la mañana siguiente, mi fiebre había desaparecido y estaba totalmente restablecido. Desde entonces, me fue dulce invocar el Nombre de Jesús. También me atreví a invocar a la Virgen santa y llamarla mi Madre*⁴¹.

*Oh, ¡cómo suspiraba por ser cristiano! ¡Cómo temblaba de gozo al asistir a una solemnidad católica! ¡No puedo olvidar la impresión primera que recibí en la celebración de una misa, cuando oí los cánticos sagrados, cuyos acordes resonaban en mi alma, colmándola de paz y recogimiento!*⁴²

Teodoro de Ratisbona se convirtió y se ordenó sacerdote, trabajando incansablemente en la conversión de muchos otros judíos, por medio de la Congregación de Nuestra Señora de Sión, que él mismo fundó.

ALFONSO MARÍA DE RATISBONA (1814-1884) es hermano del anterior y es otro gran judío convertido. A los quince años había sufrido al ver convertirse a su hermano Teodoro, que al poco tiempo se hizo sacerdote. A los veintiocho años, siendo un banquero exitoso, anticristiano y sólo preocupado de las cosas y placeres del mundo, acepta el reto de su amigo católico, Teodoro de Bussières, de llevar la llamada *medalla milagrosa* y rezar cada día la oración *Acordaos* a la Virgen María (compuesta por san Bernardo). En esos días, estaba en Roma a punto de casarse. Entra con su amigo a la iglesia *Sant'Andrea delle Fratte* de Roma y ocurre el milagro. Mientras miraba la iglesia, desde un punto de vista artístico, se le aparece la Virgen María.

Dice así: *Paseé maquinalmente la mirada en torno a mí, sin detenerme en ningún pensamiento; recuerdo tan sólo a un perro negro que saltaba y brincaba ante mis pasos... En seguida, el perro desapareció, la iglesia entera desapareció, ya no vi, o más bien, ¡Oh Dios mío, vi una sola cosa! ¿Cómo sería posible explicar lo que es inexplicable? Cualquiera descripción, por sublime que fuera, no sería más que una profanación de la inefable verdad. Yo estaba allí, prosternado, en lágrimas, con el corazón fuera de mí mismo, cuando M. de Bussières me devolvió a la vida.*

Al fin, tomé la medalla, que había colgado sobre mi pecho, besé efusivamente la imagen de la Virgen, radiante de gracia... ¡Oh, era, sin duda, Ella! No sabía dónde estaba; si yo era Alfonso u otro distinto; sentí un cambio tan total que me creía otro yo mismo... Buscaba cómo reencontrarme y no daba conmigo. La más ardiente alegría estalló en el fondo de mi alma... Sentí en mí algo solemne y sagrado que me hizo pedir un sacerdote. Se me condujo ante él y,

⁴¹ Rosenthal, *convertitenbilder*, tomo III, I, p. 145.

⁴² *Ib.* p. 149.

sólo después de recibir su positiva orden, hablé como pude: de rodillas y con el corazón estremecido ⁴³.

Todo lo que sé es que, al entrar en la iglesia, ignoraba todo; que saliendo de ella, veía claro. No puedo explicar ese cambio, sino comparándolo a un hombre a quien se despertara súbitamente de un profundo sueño; o por analogía, con un ciego de nacimiento que, de golpe, viera la luz del día; ve, pero no puede definir la luz que le ilumina y en cuyo ámbito contempla los objetos de su admiración. Si no se puede explicar la luz física, ¿cómo podría explicarse la luz que, en el fondo, es la verdad misma? Creo permanecer en la verdad, diciendo que yo no tenía ciencia alguna de la letra, pero “entreveía el sentido y el espíritu de los dogmas”. Sentía, más que veía, esas cosas; y las sentía por los efectos inexpresables que produjeron en mí. Todo ocurría en mi interior; y esas impresiones, mil veces más rápidas que el pensamiento, no habían tan sólo conmocionado mi alma, sino que la habían como vuelto al revés, dirigiéndola en otro sentido, hacia otro fin y hacia una nueva vida. A partir de ese momento, mis prevenciones contra el cristianismo se borraron sin dejar rastro, lo mismo que los prejuicios de mi infancia. El amor de Dios ocupaba el lugar de cualquier otro amor ⁴⁴.

A su amigo Teodoro, que escribió un libro sobre su conversión, le pudo decir al salir de la iglesia:

La he visto, la he visto. Todo el edificio desapareció de mi vista, vi un gran resplandor y en medio de aquel resplandor sobre el altar, se me apareció erguida, espléndida, llena de majestad y de dulzura la Virgen María y me sonrió, no me dijo nada, pero yo lo comprendí todo ⁴⁵.

Tal como su hermano Teodoro, se hizo un sacerdote ejemplar y hoy es un santo conocido como san Alfonso de Ratisbona. En la iglesia de Sant'Andrea delle Fratte hay una inscripción que recuerda el milagro y donde se leen estas palabras en la capilla de la Virgen: *El 20 de enero de 1842, Alfonso de Ratisbona de Estrasburgo, vino aquí judío empedernido. La Virgen se le apareció como la ves. Cayó judío y se levantó cristiano. Extranjero, lleva contigo este preciso recuerdo de la misericordia de Dios y de la Santísima Virgen.*

HENRI BERGSON (1859-1941) ha sido el mejor filósofo francés. Su camino hacia la Iglesia lo hizo desde el materialismo científico y ateo hasta encontrar a Cristo como plenitud de la fe judía en la Iglesia. Sus libros *La*

⁴³ André Frossard, *¿Hay otro mundo?*, Ed. Rialp, Madrid, 1981, p. 34.

⁴⁴ Ib. p. 35-36.

⁴⁵ Teodoro de Bussières, *Conversión de Alfonso María Ratisbone*, Ed. Balmes, Barcelona, 1951.

evolución creadora y Las dos fuentes de la moral y de la religión, marcaron su descubrimiento de la existencia del alma y de lo espiritual. No llegó a ser bautizado públicamente por no querer traicionar a sus hermanos judíos en tiempos de persecución, pero era totalmente católico de corazón. En su testamento, escrito el 8 de febrero de 1937, dice así: *¡Mis reflexiones me han llevado cada vez más cerca del catolicismo, donde yo veo el cumplimiento total del judaísmo. Me habría convertido, si no hubiera visto que se prepara una formidable ola de antisemitismo. Yo he querido quedarme entre los que serán perseguidos. Pero yo espero que un sacerdote católico querrá, si el cardenal arzobispo de París lo autoriza, venir a orar ante mis restos. En caso de que no sea posible esta autorización, habría que dirigirse a un rabino sin ocultarle y sin ocultar a nadie mi adhesión moral al catolicismo así como el deseo manifestado por mí de tener en primer lugar las oraciones de un sacerdote católico*⁴⁶.

El sacerdote católico vino y él, como diría el Padre Sertillanges, recibió un bautismo de deseo, siendo así católico de corazón.

EDITH STEIN (1891-1948) fue una filósofa alemana de familia judía. Fue discípula del filósofo Husserl. No practicaba ninguna religión; pero, a la muerte de su maestro Husserl, empezó a pensar seriamente en el cristianismo. El golpe de gracia se lo dio el Señor al leer la vida de santa Teresa de Jesús, escrita por ella misma. Refiere Edith: *Empecé a leer y fui cautivada inmediatamente sin poder dejar de leer hasta el fin. Cuando cerré el libro, me dije: Esta es la verdad*⁴⁷.

El 1 de enero de 1922 recibió el bautismo y su madrina declaró: Lo más bello de todo era su alegría radiante, una alegría infantil⁴⁸. Se consagró como religiosa carmelita descalza. Murió en el campo de concentración de Auschwitz el 9 de agosto de 1942 en las cámaras de gas.

MUSULMANES

MARIO JOSEPH era un imán o jefe religioso musulmán de Kerala (India) y se convirtió al catolicismo. Su familia quedó perturbada y quisieron matarlo. Su padre le ofreció que podía seguir en casa, aparentando ser musulmán y haciendo interiormente sus prácticas cristianas, pero él no aceptó. Al decirles esto, *me cogieron, me ataron las manos y piernas, me llevaron a un cuarto y*

⁴⁶ F. Lelotte, *Convertis du XX Siècle*, Ed. Casterman, Paris, 1955, tercer volumen, p. 21.

⁴⁷ Oesterreicher John, *Siete filósofos judíos encuentran a Cristo*, Ed. Aguilar, Madrid, 1961, p. 436.

⁴⁸ E. de Miribel, *Edith Stein*, Ed. Taurus, Madrid, 1956, p. 66.

arrojaron polvo de chile en mis ojos, nariz y boca. Durante días me tuvieron en el cuarto sin darme comida ni agua.

Recordé los sufrimientos de Jesús en la cruz y le di las gracias. Lo alabé por hacerme partícipe de sus sufrimientos. Después de varios días, una tarde mi padre entró lentamente en mi habitación. Soltó la cuerda que estaba atada alrededor de mis manos y pies, me afeitó la cabeza y me bañó. Después de eso me dijo: “Si todavía deseas ser un cristiano, entonces no tengo otra opción que matarte”. Entonces vi que sostenía un cuchillo largo en su mano derecha.

Lleno de miedo por salvar mi vida como último recurso, grité: “JESÚS, JESÚS”. En ese momento mi padre cayó al suelo a cierta distancia de mí. Con el impacto de la caída, accidentalmente se cortó con el cuchillo que sostenía y comenzó a echar espuma por la boca. Viendo la sangre y la espuma, mis familiares lo recogieron rápidamente y lo llevaron al hospital.

Como mis familiares salieron corriendo con mi padre, se olvidaron de cerrar la puerta de mi cuarto. Me escapé de allí.

Debido a mi conversión al cristianismo, mi familia fue condenada al ostracismo por la comunidad musulmana y tuvieron que soportar su ira. Nadie estaba dispuesto a acordar una alianza con ningún miembro de mi familia. Por lo tanto, para rescindir la orden de ostracismo, los miembros de mi familia decidieron celebrar un funeral falso por mí. Tengo una tumba con un epitafio en el cementerio de mi ciudad natal ⁴⁹.

JOSEPH FADELLE es un iraquí convertido del islam. Cuando estaba preparándose para conocer la fe católica, su familia descubrió que tenía una biblia y consideraron que era cristiano. Su propio padre y sus hermanos lo llevaron ante el Ayatola Sadr, el jefe espiritual supremo de Irak. Él les dijo: “Si se comprueba que es cristiano, mátenlo”. De ahí lo llevaron a la cárcel, donde estuvo 16 meses, pasando muchas penurias con otros presos. Pesaba 120 kilos y al ser liberado pesaba solamente 50 kilos. Al salir de la cárcel tuvo la valentía de contarle a su esposa su odisea y ella lo apoyó y, poco después, quiso también ser cristiana. Se arriesgaron para ir a sus catequesis e incluso a misa. Pero no podían vivir ante la mirada atenta de su familia y huyeron a Jordania con la intención de irse al extranjero. Mientras conseguían viajar a otro país, sus hermanos lo encontraron un día y lo llevaron a un descampado y lo dejaron medio muerto con un tiro en la espalda. Alguien lo llevó al hospital.

⁴⁹ José Mario, *Encontré a Cristo en el Corán*, Ed. Libroslibres, 2013, pp. 130-132.

Al recuperarse, él con su esposa y sus dos hijos, con la ayuda de la embajada francesa y de algunas personas cristianas, pudieron conseguir un salvoconducto y el año 2001 consiguieron viajar a Francia y comenzar una nueva vida. Ahora, entre otras cosas, procura dar testimonio de su fe para despertar a los cristianos y hacerles ver el peligro del islam para la civilización cristiana. Va a diferentes países del mundo dando su testimonio y animando en la fe a muchos católicos fríos, que necesitan un empujón para enamorarse de Jesús. En internet se pueden ver algunos de sus videos. También se puede leer su libro, traducido a las principales lenguas: *El precio a pagar*⁵⁰.

La joven **DEVIRIM** nace en 1969 en Turquía de una familia de tradición musulmana. *A los 29 años ella, que trabaja como intérprete para una empresa de envíos internacionales italo-turca, se establece en Italia, donde conoce a Beppe, con el que florece una historia de amor, que pronto los lleva al matrimonio. Eligen el rito civil pero, con el paso del tiempo, crece el deseo de que su amor sea bendecido por Dios. Los acoge y acompaña don Francesco, párroco en Verona, y su predicación sencilla y concreta durante el curso de formación se convierte en una provocación en el corazón y en la mente de Devrim.*

Se fija la fecha del matrimonio por la Iglesia: el 7 de octubre del 2000. En el mes de agosto, una noche tuve un sueño que quedó nítidamente impreso en mi mente, cuando me desperté: en el dormitorio estaba un hombre anciano vestido de blanco, que me miraba sonriendo. “¿Quién eres?”, pregunté. “Soy Juan”, respondió poniéndome una mano en el hombro. “No temas, todo irá bien”. Unos días más tarde —era un domingo— mientras ve distraídamente la televisión, su mirada cae en Juan Pablo II que preside una ceremonia religiosa en la que proclamará un beato, y cuya imagen aparece reproducida en una gran tela colgada de la fachada de la basílica de San Pedro. “Beppe, ven a mirar”, le grita a su marido. “¿Ves ese rostro en la tela? Es él, es el viejecito con que soñé hace unos días”. Beppe le explica que “el viejecito” es Juan XXIII, uno de los pontífices más amados por los fieles en los últimos siglos. Un escalofrío recorre la espalda de Devrim, que desea saberlo todo sobre el “Papa bueno”. Quiere ver otras imágenes de Roncalli para compararlas con la del sueño, que le había quedado grabada en la memoria. Y descubre que antes de convertirse en pontífice, Angelo Roncalli había sido Nuncio apostólico en Estambul y amaba llamar a aquella tierra “mi Turquía”.

Estos son signos de la misteriosa presencia de Dios en mi vida. ¿Por qué una musulmana iba a soñar con un santo católico del que ni siquiera conocía su existencia?

⁵⁰ Ed. Rialp, Madrid, tercera edición, 2012.

La familia crece, nace Anna, “el regalo más hermoso que Dios nos ha querido hacer”. Y juntas, madre e hija, el 26 de marzo del 2005, la noche del Sábado Santo, reciben el bautismo.

Ese vacío que sentía en mi corazón de joven, en Turquía, ha sido colmado por la presencia amorosa de Dios. Ahora que soy cristiana, me doy cuenta de que el bautismo no es el final de un camino, sino un nuevo inicio, y soy feliz de poder decírselo a todo el mundo. Desde el día de la boda, una foto del Papa bueno está en la mesilla de noche de Devrim: “Quiso a Turquía cuando fue Nuncio en Estambul pero, sobre todo, me ha querido a mí”.

- **ANTONIO** era un joven turco, que vivía en Mersin, a 25 kilómetros de Tarso, la ciudad del apóstol Pablo. Había nacido en Alemania en 1972, donde sus padres habían emigrado, buscando trabajo.

Su familia decide volver a Turquía en 1978, cuando Antonio tiene seis años y ha de empezar el colegio. Sus padres son musulmanes de obediencia sunita, en realidad no muy devotos, pero se encargan las piadosas hermanas de su madre de enseñarle al pequeño oraciones, purificaciones y prácticas rituales...

Como les ocurre a muchos adolescentes, Antonio se toma al pie de la letra lo que escucha en la escuela coránica: y el día que el imán explica que no se puede usar pintalabios porque contiene derivados del cerdo, vuelve a casa increpando contra quienes se ponen en los labios una sustancia prohibida, bajo la mirada turbada de mamá Gülseren y de su hermana Yelda.

Hay otro episodio revelador de la intransigencia con que el joven vive su fe islámica. Un día, Yelda se procura una copia del Nuevo Testamento para leerlo a escondidas; su hermano la sorprende, le arranca el volumen de las manos y la amenaza: “¡No quiero volver a ver en esta casa libros que dicen falsedades!” ...

Estudia en la universidad. En julio de 1994 está en casa de vacaciones. Una tarde entra en la única iglesia católica de Mersin, dirigida por una misión de padres capuchinos, precisamente mientras se celebra la misa. Hay poca gente, pero todos cantan y rezan con gran fervor. Cantos, oraciones y lecturas son en turco, no como en la mezquita de su barrio donde la lengua para comunicarse con Dios era el árabe. En el momento de la consagración, cuando el sacerdote alza el cáliz ante los fieles arrodillados, escucha por primera vez palabras desconcertantes. “Tomad y comed, esto es mi cuerpo entregado por vosotros”. Una revelación que es, también, una revolución: la revolución de un

Dios, imaginado hasta ahora como inalcanzable, que se hace cercano, hombre entre los hombres...

La frecuentación de la iglesia de los capuchinos se hace asidua y muy pronto nace una amistad también con un grupo de muchachos, hijos de familias cristianas de la región y que son acogidos por los hermanos para que frecuenten las escuelas medias y superiores de la ciudad.

Un día me armé de valor y hablé de ello con mi padre. Fue un desastre: me miró con ojos incrédulos, desencajados. En su rostro apareció una mueca de disgusto. Gritos, imprecaciones y bofetadas, la desesperación por el único hijo varón que traiciona la religión de sus padres y que, además, proyecta renunciar al matrimonio y a tener hijos para dedicarse a la vida religiosa. Amenazó con matarme, si seguía cultivando mi propósito, y con hacer daño a los frailes que me habían metido esas ideas en la cabeza”...

Durante el servicio militar Antonio conoce a dos jesuitas: Thomas Michel y Christian Troll, ambos profundos conocedores del mundo islámico y deseosos de profundizar en el conocimiento de la lengua y de la cultura turca. Ellos le ayudan en su camino a Cristo.

Tras 16 meses de catecumenado y dos días antes de concluir el servicio militar, durante la Vigilia pascual, el 29 de marzo de 1997, Antonio recibe el bautismo de manos del padre Xavier en la pila bautismal de la Chapelle Sainte-Thérèse de l'Enfant Jesús, de Ankara. Acompañado por un inglés como padrino y por una mujer armenia como madrina, toma el nombre de Antonio.

- FÁTIMA nace en Marruecos, la última de siete hermanos, de familia musulmana. Sus padres emigran a Francia con toda la familia.

Los años de la adolescencia son para Fátima los años de la curiosidad, del deseo de descubrir lo nuevo y, al mismo tiempo, de verificar personalmente lo que sus padres le han enseñado. De la lectura del Corán y de otros textos islámicos nacen preguntas sobre la figura que más le atrae, aparte de la de Mahoma: Jesús el Nazareno... En la mezquita, el imán le había explicado que Dios no había permitido un epílogo humillante como la crucifixión y que, por eso, el Nazareno había sido milagrosamente sustituido en la cruz por otro hombre. Pero, pensaba Fátima para sí misma, si realmente hubiera ocurrido así, ¿no sería también esto signo de una predilección especial del Omnipotente por él? El profeta Jesús, autor de tantos milagros y prodigios, ¿no es acaso más grande que el profeta Mahoma? ¿Y si tuvieran razón los cristianos al considerarlo hijo del Altísimo, verdadero hombre y verdadero Dios? Estas preguntas resurgían periódicamente en su cabeza y erosionaban las certezas

transmitidas por sus padres, animados por una gran devoción, pero incapaces de responder a las preguntas que esa hija —más inquieta e inteligente que las demás— introducía de vez en cuando en las discusiones caseras. “Son las preguntas que me acompañaron en los últimos años de bachillerato en Francia, que no eran satisfechas ni en familia ni entre mis coetáneos musulmanes. Y me dejaban dentro la incómoda sensación de vivir cada vez más a caballo entre dos credos y el presagio de que, antes o después, habría terminado por el suelo, sin una verdadera certeza sobre la que fundar mi vida”.

A los veinte años Fátima conoce a Vittorio, un joven italiano que después sería su marido. Deja Francia y se va a Bolonia, donde se inscribe en la universidad. Es un amor arrollador entre los dos jóvenes, en el que encuentran su sitio también las preguntas sobre Jesús que habían quedado suspendidas durante años...

Hasta que una tarde ocurre algo decisivo. “Estaba rezando, le pedía a Dios que me hiciera comprender, que no me dejara en la confusión e incertidumbre. Levanto la cabeza y veo ante mí a Jesús en la cruz, el mismo crucificado ante el que me detenía inmovilizada cuando acompañaba a mi marido a la iglesia. Fue una especie de foganazo, un rayo de luz que se abrió en la oscuridad del misterio que largamente había intentado penetrar: ese hombre colgado del madero había tomado sobre sí el dolor del mundo, se había hecho víctima de expiación por mis pecados y por los de todos los hombres, se había confiado a la voluntad de Dios Padre que, tras aceptar su sacrificio, lo había arrancado del reino de la muerte a través de la resurrección”...

Después de una experiencia tan fuerte, Fátima se confió a un sacerdote amigo de la familia, pidió ayuda para entender con mayor lucidez lo que le había ocurrido, quiso emprender el camino del catecumenado y, en la noche del Sábado Santo del 2001, durante la Vigilia pascual, recibió el bautismo, la comunión y la confirmación. Unos meses después llega el matrimonio en la iglesia, como coronación de un camino en el que también su marido, Vittorio, se ha sentido inevitablemente protagonista y que lo ha obligado a repetir un “sí” más consciente al cristianismo.

- AMAL era una niña, que con nueve años frecuentaba la escuela coránica de su barrio en Beirut. Una mujer anciana enseñaba el Corán a los niños, lecciones a base de relatos aterradores, prohibiciones y prescripciones férreas, en las que el miedo al infierno y la amenaza del castigo vencían sobre todo lo demás. “Estaba obsesionada con el castigo eterno del que no podría escapar. Me habían presentado a Dios como un gran revisor al que nada se le escapaba. En mi corazón intuía que no podía ser así, pero la fuerza de convicción de la profesora era tremendamente más eficaz que mis intuiciones de niña”. Su padre,

un pintor de origen iraquí, que se había transferido al Líbano hacía muchos años, y su madre, mujer muy creyente y alejada de cualquier forma de fundamentalismo, la habían educado con un gran respeto a Alah y le habían transmitido una notable apertura mental que, unida a su curiosidad innata, había puesto en movimiento su búsqueda de Dios. Después, la experiencia traumática en la escuela coránica, que le inculcaba más miedo que respeto hacia el islam. Y cuando intentaba exteriorizar sus dudas, encontraba siempre a alguien que la acallaba diciéndole: “Dios sabe más que tú”.

A los 19 años Amal se une a un hermano suyo que se había ido a Italia, frecuenta la universidad para extranjeros de Perugia y se inscribe en la Facultad de Arquitectura de Milán, donde se licencia. En Europa conoce la fascinación ambigua del “supermercado de las religiones”: queda deslumbrada por distintos tipos de espiritualidad e inicia un viaje por etapas en el misticismo que la lleva a saborear sucesivamente el budismo, la meditación transcendental y los Hare Krishna. Un día, mientras trabaja como intérprete en la Bolsa Internacional del Turismo, conoce a un monje libanés que la invita a visitarlo en la iglesia que llevan los capuchinos en piazzale Velázquez. “Allí conocí al padre Gianmarco, una personalidad arrolladora ante la que no se puede permanecer indiferente. Y allí descubrí el rostro del amor de Dios, un rostro hasta entonces desconocido y “escondido” por el traumático recuerdo de las lecciones en la escuela coránica de Beirut”.

La amistad nacida con el padre Gianmarco hace nacer en el corazón de Amal el deseo de conocer a Jesús y la induce a pedir el bautismo, que recibe junto con la primera comunión durante la Vigilia pascual de 2004. No se siente una “traidora” del islam, sino más bien una persona que ha encontrado en Cristo el cumplimiento de su búsqueda del rostro amoroso de Dios, que había durado años. En agosto del 2005, el padre Gianmarco bendijo la boda de la arquitecta libanesa con su novio italiano.

- A OSMAN lo abordó su padre: “Si sigues frecuentando a los cristianos, tendrás que irte de casa”. Su padre se lo había dicho claramente a la cara, mirándolo fijamente a los ojos mientras estaba sentado en la mesa junto a su mujer y once hijos. Pero Osman no podía renunciar al atractivo que había nacido y crecido en su corazón desde hacía unos meses. Exactamente desde que un compañero del colegio lo había invitado a una reunión de oración de los cristianos de su pueblo en Costa de Marfil. El, estudiante de dieciocho años, había aceptado más por curiosidad que por interés, pero cuando se había encontrado entre aquella gente había percibido algo nuevo y extraño que, durante días, no lo había dejado tranquilo. Era una realidad absolutamente nueva para Osman, asiduo frecuentador de la mezquita del pueblo y “buscador” inquieto de Dios. Aquel primer encuentro fue seguido de otros y siempre salía

sorprendido y conmovido, como si una presencia misteriosa se le hubiera manifestado. “Es Dios que te busca”, le repetía el amigo que lo había invitado la primera vez, “es Dios que te ama y te quiere”. Osman entendía y no entendía, pero la inquietud y la fascinación aumentaban: ya no podía prescindir de esos momentos y a cada invitación que recibía respondía con un “sí”. Cuando en su familia se supo, su padre lo llamó “rebelde” y le ordenó interrumpir esa práctica impura: “Si sigues, te tienes que ir. No queremos infieles en casa”.

El año 2000 se va a Francia. Comienza una nueva vida en los barrios de París, donde encuentra trabajos esporádicos que le permiten ir tirando durante un par de años. Conoce a Virginia, de Costa de Marfil como él, cristiana como el amigo del pueblo que le había inculcado una inquietud que nunca lo había abandonado. Era como si Dios hubiera vuelto a buscarlo, incluso lejos de casa. Su amiga Virginia se convierte en su novia. Después, el matrimonio por el rito civil.

En el año 2002 llegaron a Italia, donde él encontró trabajo en una fábrica en uno de los muchos pueblos del noreste, que son hervidero de inmigrantes. Osman decide responderle a ese Dios que llama a la puerta de su vida. Pide ayuda a un sacerdote para comprender lo que le está ocurriendo. Comienza el recorrido del catecumenado y en el año 2004 recibe el bautismo. El camino sigue: pocos meses después está ante el altar para pedirle a Dios que bendiga con el sacramento del matrimonio su amor con Virginia.

- **ANTONIO** era un argelino musulmán que estaba aprendiendo italiano y para ello se servía de la radio para captar emisoras italianas. Un día escuchó los programas de Radio María y oyó por primera vez el Avemaría.

Era el rosario recitado desde los estudios de Erba, en la provincia de Como, donde tiene su sede la emisora católica Radio María. Hace años que el programa está en el aire cada tarde pero, para él, aquélla se convierte en una tarde especial. La recuerda bien. Eran las ocho en punto: es exactamente a esa hora cuando Antonio fija su “nuevo inicio”, un momento que el tiempo no consigue borrar...

Para entender mejor lo que le estaba ocurriendo, Antonio vuelve a la mezquita de su barrio. El imán es un coetáneo suyo, ex compañero de colegio: a él le dirige las preguntas que desde hace tiempo dan vueltas por su mente. ¿Realmente Jesús, a quien los cristianos consideran Hijo de Dios y Señor de la vida, es sólo un profeta? ¿Y cómo se explican todos los milagros que realizó y la fascinación que salía de su persona? ¿Realmente no fue crucificado? ¿Se han falsificado los Evangelios? ¿Y quién nos garantiza la autenticidad de los versículos del Corán? El imán amigo no da respuestas, pero exige certezas:

“Debes dejar de hacerte estas preguntas, sólo tienes que creer, el Corán es un milagro bajado del cielo, nadie puede discutirlo”. Y él, que esperaba recibir razones adecuadas para seguir siendo musulmán, para confirmarse en la fe de sus padres, quedó con sus interrogantes, acompañados de la amenaza del imán: “No puedes volver a la mezquita y, si sigues así, tendré que denunciarte”.

Cuanto más se cierran las puertas del islam, más se abren las del cristianismo. Antonio consigue encontrar a un sacerdote francés que acepta acompañarlo en lo que los manuales de catequesis llaman el “camino de discernimiento espiritual” y que, para él, es un intento de entender mejor lo que le estaba ocurriendo. Tras algunos meses de entrevistas, pide el bautismo, el sacerdote le explica que antes es necesario seguir un itinerario comprometido de verificación del cambio que se está produciendo en su corazón. Y pensar que para la conversión al islam es suficiente recitar la “shahada”, una fórmula simple: “No hay otro Dios fuera de Alah y Mahoma es su profeta”. ¿Por qué la Iglesia católica es tan exigente y el islam tan “barato”?

En verano vuelve a Argelia. Su hermana le encuentra un día la Biblia y le grita: Eres un apóstata, un traidor del islam. Él no puede esconder su situación. Su hermano mayor convertido en el cabeza de familia por la muerte de su padre le da un ultimátum: *Eres un renegado. Si sigues ese camino, tendré que denunciarte, quien abandona el islam, no puede quedar sin castigo.* Se va de casa y consigue llegar a Italia y el 2 de junio del 2001 se bautiza con el nombre de Antonio.

- **AFIF OSSEIRAN** (1919-1988) nació en el Líbano en una familia chiíta. Se licenció en filosofía en la universidad americana de Beirut en 1943. *Al principio pensó que el agnosticismo era su camino, pero pronto lo dejó, decidiendo practicar el islam como el mejor camino de vida. Medita el Corán, practica el ayuno del Ramadán y ora intensamente a la vuelta del trabajo en el Ministerio de Economía. Después, de repente, la conversión. Una noche estaba haciendo la última postración ritual y, casi en éxtasis, repetía: “Señor, aumenta en mí tu conocimiento y la fe”. De repente, sentí a mi lado una presencia imponente e incontenible, un hombre de una estatura que llena el cielo y la tierra. Esa noche decidí consagrarme enteramente a Dios, en alma y cuerpo... Profundicé sobre la fe cristiana.*

“Al final de 1944 llegué a la conclusión de que las enseñanzas del Corán contradicen las del Evangelio, que Mahoma se niega a reconocer la divinidad de Cristo, su crucifixión, muerte y resurrección. Que rechaza la fe en un Dios uno y trino y que no considera la imitación de Cristo como un camino hacia la salvación. Me convencí de que lo escrito y predicado por los apóstoles acerca de las enseñanzas y acciones de Cristo, corresponde a la verdad. Y que Dios no

puede contradecirse, inspirando, 600 años después de su encarnación, enseñanzas contrarias a lo que dijo Jesús sobre su divinidad y sobre la Santísima Trinidad. Después de haber examinado las distintas Iglesias cristianas, me di cuenta de que la Iglesia apostólica, una, santa y católica, es la Iglesia de Cristo, que mantiene sus enseñanzas y administra sus sacramentos”.

El 10 de febrero de 1945, a los 26 años, fue el día de mi ingreso oficial en la Iglesia. “Con el bautismo pasé de las tinieblas de la muerte a la luz de la vida”. Al final del año se va a Bélgica donde obtiene el doctorado en filosofía y pensamiento islámico. Después, en Francia, conoce a otros conversos al catolicismo. Medita la posibilidad de hacerse fraile cartujo pero, después, decide volver al Líbano “para dar testimonio de la vida cristiana entre mis hermanos musulmanes y llevar las enseñanzas de Cristo a mi vida”. El impacto provocado por su conversión es fuerte: sus familiares lo repudian, mientras algunos habitantes musulmanes de Sidón le tiran basura cuando lo ven pasar. Por toda respuesta, Afif sonríe y dice: “¡Gracias!”.

La vocación monástica lo fascina. En 1954 llega al seminario de los Hermanos Menores de Charles de Foucauld en Baida, en Argelia, donde profesa los votos temporales, provocando la irritación de su familia. Su tía anciana se cubre el rostro cuando se encuentra con él, otro pariente propone lapidarlo y matarlo, pero él no se detiene. Estudia teología en Francia, después va a Irán, donde enseña el pensamiento sufí en la universidad de Teherán y donde obtiene el doctorado en Letras Persas. A los superiores de los Hermanos Menores les parece claro que la vocación de Afif se realizaría más plenamente en otro lugar. Vuelve de nuevo al Líbano donde Monseñor Ignacio Ziadeh, obispo maronita de Beirut, lo ordena sacerdote el 23 de febrero de 1962 (con el nombre de Pablo, el gran converso) encargándole la misión entre los musulmanes ⁵¹.

PROTESTANTES

- **RICK RICCIARDI** nació y creció en una familia católica, pero después fue bautista por más de 20 años. En 1985 se mudó con su esposa y dos hijos a Arizona, donde se unió a las Asambleas de Dios. En 1996 fue a hacer una visita a sus padres después de 10 años. El motivo era para asistir a la boda de su hermano. Nos dice: *Tuve la oportunidad de discutir con él algunos días antes de la boda. Pero Paúl había estudiado en la universidad franciscana de Steuenville y me dio razones que me hicieron pensar.*

⁵¹ Pueden leerse otros testimonios en el libro de Paolucci y Camille Eid, *Cristianos venidos del Islam*, Ed. Libroslibres, Madrid, 2007, pp. 70-225.

El día de la boda llegamos a la iglesia y me impresionó la misa. Cuando llegó el momento de la comunión, el sacerdote se acercó a mí pensando que yo era católico y me dio de comulgar. En el momento en que recibí la comunión, algo sucedió en mi corazón. Instantáneamente, yo creí en la presencia real de Jesús en la Eucaristía. Y comenzó en mí un deseo intenso de redescubrir la fe católica. Leí libros. El que más me impactó fue “Surprised by truth” de Patrick Madrid. Y así llegué a convencerme de que, si no me hacía católico, estaba desobedeciendo a Dios.

En este caso, fue al comulgar cuando se convenció de que en la hostia santa estaba el mismo Jesucristo en persona.

- **SCOTT HAHN**, otro convertido, refiere: *Como calvinista me habían enseñado que la misa católica era el sacrilegio más grande que un hombre podía cometer: inmolar a Cristo otra vez. Un día fui yo solo a misa. Observaba y escuchaba atentamente a medida que las lecturas, oraciones y respuestas convertían la Biblia en algo vivo. Hubiera querido interrumpir cada parte y gritar: “¿Queréis que os explique lo que está pasando desde el punto de vista de la Escritura?”. Tras pronunciar las palabras de la consagración, el sacerdote mantuvo elevada la hostia. Entonces sentí que la última sombra de duda había desaparecido de mí. Con todo mi corazón musité: “Señor mío y Dios mío. Tú estás verdaderamente aquí. Y, si eres tú, quiero tener plena comunión contigo. No quiero negarte nada”. Al día siguiente ahí estaba otra vez y así día tras día. Me había enamorado de pies a cabeza de nuestro Señor en la Eucaristía. Su presencia en el S. Sacramento era para mí poderosa y personal* ⁵².

- **JAMES PITTS** había sido pastor presbiteriano durante 25 años. Un día fue con su esposa al monasterio benedictino de Nuestra Señora de Guadalupe de Pecos, Nuevo México. Dice: *La comunidad benedictina tenía adoración de 6.30 a 7:30 cada tarde. Una gran hostia consagrada era colocada en una custodia para adorar a Jesús. Todos estaban de rodillas. Yo miré la hostia y vi una luz radiante que brilló como si saliera de ella. De pronto, un sentimiento de amor vino sobre mí, sin saber por qué. Yo me arrodillé de nuevo y oré al Señor. No podía apartar mis ojos de la hostia y decía: “¿Cómo puedo saber que tú estás ahí?”. La presencia de Jesús en la Eucaristía y el amor de María me llevó a abrir mi corazón a Dios. En 1999, yo y mi esposa Sandra fuimos recibidos en la Iglesia católica por el buen obispo de Alexandria* ⁵³.

A un sacerdote anglicano Dios se le manifestó al comulgar. Nos dice el convertido Robert Hugh Benson (1871-1914): *Un amigo, sacerdote católico, me*

⁵² Hanh Scott y Kimberley, *Roma, dulce hogar*, Ed. Rialp, Madrid, p. 105.

⁵³ Moss Rosalind, *Home at last*, Ed. Catholic Answers, San Diego, 2000, pp. 26-30.

*dijo que, el mayor inconveniente con el que tropezó al convertirse, fue el verse obligado a negar la validez de su ordenación anglicana. Hasta entonces había sido un pastor ritualista que trabajaba entre los pobres. Me contó que, al convertirse, casi le asustaba hacer la primera comunión. Sin embargo, en el momento en que la hostia sagrada tocó su lengua, advirtió la diferencia. Me dijo que desde aquel instante no dudó ni un segundo, pues hasta entonces solo había recibido pan y vino. Y que este nuevo don era ni más ni menos que el Cuerpo de Cristo*⁵⁴.

- **ED FRIDE** nos dice: *Durante mis estudios en el colegio yo era un agnóstico. Un día, a la salida del colegio, un desconocido me dijo: Jesús te ama y tú debes entregar tu vida a Jesús. Yo ni siquiera creía que Jesús existía, pero acepté leer el libro que me dio: La cruz y el puñal. Lo terminé de leer en una noche y me siguió prestando varios libros más que hablaban de milagros, de hablar en lenguas y de ser llenos del Espíritu Santo. Todo ello me impactó mucho y me llevó a orar y a pedir ayuda a Dios. Un día, en plena oración, sentí la presencia de Dios y experimenté su amor con mucha fuerza. A la mañana siguiente, fui a ver al pastor de mi iglesia protestante. Él me dijo que mi experiencia era bíblica, pero que no lo entenderían en nuestra iglesia. Había encontrado a Jesús, pero había perdido a mi iglesia. Entonces oré para pedir que Dios me iluminara para saber a cuál Iglesia debía acudir. Terminada mi oración, me llamó un amigo católico y me invitó a la misa de la Vigilia pascual, pues estábamos en Semana Santa. La misa era en la catedral del Santísimo Rosario de Duluth, Minnesota (USA). Fue celebrada por el obispo Paul Anderson y fue una misa carismática donde habló de las experiencias del Espíritu Santo, parecidas a las que me habían sucedido, incluso el hablar en lenguas. Era mi primera experiencia de una misa católica y, cuando llegó el momento de la comunión, yo también me acerqué. Al comulgar, creí realmente que estaba recibiendo a Jesús y en ese momento sentí como si la voz de Jesús me dijera: “Ahora estás en casa”.*

A los pocos días, comencé mi instrucción para llegar a hacerme católico. Mientras estudiaba en la Universidad de Minnesota, me enamoré de una linda chica con la que quería compartir el resto de mi vida. Un día estaba leyendo el Evangelio y me impactó en Mateo 19,12 lo que dice Jesús sobre seguirlo, renunciando al matrimonio por el reino de los cielos. No le di importancia, pero, durante las dos semanas siguientes, cinco amigos distintos me dieron un mensaje y era exactamente el mismo, el de Mateo 19,12.

Yo, al principio, me rehusaba; pero, poco a poco, lo tomé en serio y pensé seriamente en hacerme sacerdote. Al fin, entré en el Seminario y llegué a la meta

⁵⁴ Robert Hugh Benson, *Confesiones de un converso*, Ed. Rialp, Madrid, 1998, p. 104.

*el 29 de noviembre de 1986, ordenándome sacerdote para siempre. Ahora llevo ya 17 años de sacerdote. Estoy sirviendo como párroco de la iglesia “Cristo Rey” de Ann Arbor, Michigan (USA), que es una parroquia carismática de la diócesis, especialmente designada por el obispo para apoyar a todos los que están en el movimiento carismático católico. Me siento feliz de ser sacerdote y de servir al Señor y a su pueblo y hacer su voluntad. ¡Gloria a Dios!*⁵⁵.

TESTIMONIOS DE RELIGIOSAS

Son testimonios que me los han enviado las interesadas en cartas personales.

— Tengo 39 años y llevo 14 de vida religiosa. Desde mi nacimiento hasta los 24 años nunca pisé una iglesia. Pero un día estaba yo tan cansada de tanto viajar toda la semana que buscaba ansiosamente un hotel para descansar y no encontraba alojamiento. Por fin fui a una abadía benedictina (estaba en Senegal) y las religiosas me concedieron alojarme durante una noche. En la habitación había un crucifijo y yo le dije: *¿Qué haces ahí en la cruz?* Y él me contestó en una luz maravillosa y me mostró todo su amor por mí y por todos los hombres y la necesidad que tenía de que hombres y mujeres lo dejaran todo y fueran por el mundo a predicar su Palabra y hablarles de su amor. Inmediatamente le dije: *Señor, lo dejaré todo y entraré en un monasterio.* A los pocos meses lo hice realidad.

— Mi vida como religiosa es alegre y feliz. Solo deseo salvar almas por medio de los sacerdotes y de cuantos se dedican a extender el Reino de Cristo. ¡Qué alegría cuando nos veamos ante la presencia del Señor y podamos presentarle nuestro trabajo y las almas ganadas para él!

Hace más de 30 años era yo muy joven y estuve muy grave al operarme de apéndice a las tres de la madrugada y el médico dijo que me moría esa noche. Yo me vi salir de mi cuerpo y me presenté ante la presencia de Dios. Me dijo: *¿Qué me traes?* Yo me quedé confusa y contesté: *Las manos vacías.* Entonces sentí el disgusto de Dios. Esto fue horroroso y después de pasar tantos años no lo olvido, fue una experiencia y me horroriza pensar que otra vez me encuentre con las manos vacías.

Quisiera ayudar a todos y llenar mis pobres manos. Ya tengo una mano totalmente paralizada y me sube a todo el brazo que lo tengo insensible. No lo

⁵⁵ Este testimonio completo puede verse en internet www.chnetwork.org/converts.htm.

siento y tomo morfina para el dolor, porque el médico lo manda, pero soy feliz. ¡Qué bueno es Dios y cuánto nos ama! Sor Ángeles Ferrer, agustina descalza.

— Cuando era jovencita deseaba con toda mi alma ser religiosa, pero en mi casa no querían. Yo pedía al Señor que me ayudara a cumplir mi vocación. Un día pasaba por el pasillo de mi casa, donde había una imagen del Corazón de Jesús. Lo miré y sentí deseos de darle un beso. Como estaba un poco en alto, me subí a una silla y le di un beso, pero en ese preciso momento en que le di el beso, sentí que estaba vivo, sentí el calor de sus mejillas. Al punto me impresionó y salté hacia atrás para bajar de la silla. Lo seguí mirando y volví a tocarlo con la mano, pero ya solo tocaba la escayola de la imagen. Solo lo había sentido vivo durante el momento de darle un beso. Con esta experiencia tomé fuerza y conseguí irme al convento y aquí estoy sirviendo a Dios y rezando por todo el mundo.

— Cuando era niña sentía deseos de ser religiosa y al tener la edad suficiente pude conseguir el permiso de mis padres y entré en el monasterio de Santa Catalina de las Madres dominicas de Arequipa (Perú). Con el tiempo fui aflojando en la oración y me fui enfriando. Llegó un momento en que creí no tener vocación y decidí regresar a la vida civil. La víspera de ir a mi casa, soñé que me vestía de seglar, tomaba mi maleta e iba a despedirme de la comunidad. En el claustro vi a la Superiora que caminaba con un hombre. Me acerqué a ella para despedirme y en ese momento el hombre me miró. Era una mirada dulce y cariñosa. Era la mirada de Jesús. No me dijo nada, pero me sentí con una inmensa alegría interior y me desperté.

Ya no me retiré del convento y a lo largo de mi vida, cada vez que me acuerdo de los ojos de Jesús, me pongo a llorar de emoción.

La Superiora de ese convento, que visité cuando ya esta religiosa era ancianita, me dijo que era una santa y que, como ya no podía hacer trabajos físicos, se pasaba muchas horas en oración ante Jesús Eucaristía. Jesús la había enamorado con su mirada de amor, que nunca olvidó y cada vez que la recordaba se emocionaba y tomaba fuerzas para seguir orando y luchando por la salvación de las almas.

— Otra religiosa me escribía: Cuando entré en el convento y durante el noviciado era la alegría de las hermanas. Me sentía contenta y feliz. Pero comencé a dormirme en la hora de silencio de la oración matutina y, al faltarme la oración, comencé a enfriarme espiritualmente hasta el punto que, después de un tiempo, creí que no tenía vocación y pedí mi retiro del convento. La víspera de mi salida, por la noche, cuando todas las hermanas se habían ido a descansar, me quedé unos momentos en la capilla. Recogí mis libros y, cuando hice la

genuflexión para salir, oí la voz de Jesús que me dijo: *¿Ya no me quieres? ¿Me dejas?*

Fue tal la impresión que me puse a llorar y me pasé toda la noche en la capilla, llorando por haber sentido el amor de Jesús y sus palabras. Desde entonces todo volvió a cambiar. Ahora tengo 32 años y soy feliz viviendo en esta casa con Jesús y sirviéndole y amándolo con todo mi corazón.

— Otra religiosa me dijo personalmente: Un día me detectaron un cáncer agresivo. Me operaron dos veces del estómago y recibí muchos tratamientos de radioterapia y quimioterapia. Un día subí a mi celda y me arrodillé ante el Cristo que tengo en mi cabecera y con todo mi amor le di las gracias por mi cáncer. No sé lo que pasó, me quedé fuera de mí: ¡Veía en el cáncer tanto amor y tanta delicadeza, haciéndome participar del misterio de su Pasión! En esos momentos estaba gustando interiormente las alegrías del cielo, disfrutando de una felicidad incomparable. De verdad que es más grande el gozo que siento de sufrir por Jesús que el mismo cáncer. El Señor me ha enamorado con su cruz y puedo decir con san Pablo: *Me alegro de mis padecimientos por vosotros, porque suplo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo en favor de su Cuerpo que es la Iglesia* (Col 1, 24).

CIENCIA Y DIOS

a) CRISTO DE COCHABAMBA

El doctor Ricardo Castañón es diplomado en bioquímica, especialista en Neurosicología y medicina psicosomática, psicólogo clínico e investigador de milagros eucarísticos. Hasta el año 1995 era ateo y ese año se convirtió al investigar al Cristo de Cochabamba en Bolivia, que exudaba sangre y llegó a la conclusión que esos fenómenos era reales y que Dios existía. Él nos dice: *El 9 de marzo de 1995 estoy delante de la imagen del Cristo y observo la pequeña obra de unos 30 centímetros, representando el busto de Jesús. Es propiedad de la señora Silvia que trabaja en la línea aérea boliviana.*

El 14 de abril regresé e ingresé en la habitación donde estaba el Cristo y del ojo izquierdo de la imagen observé que se desplazaba lentamente por gravedad un líquido espeso. Filmé la secuencia. Las primeras muestras fueron llevadas al día siguiente a La Paz a los laboratorios Lab-Tec de los doctores Gutiérrez-Ibargüen. Ellos constataron hemoglobina, la proteína fundamental de la sangre. En el laboratorio La Paz de Cochabamba también encontraron hemoglobina. Acudí a los laboratorios Gen-Test de Nueva Orleans. El informe final recibido el 25 de septiembre de 1995 decía: *Las muestras, en la primera*

prueba de presunción de sangre, dieron resultados positivos con la presencia de ADN humano. Para confirmar más aún Ron Tesoriero, abogado australiano, llevó las muestras al laboratorio forense del Gobierno de Nuevo Gales del Sur en Australia, confirmando los mismos resultados. Se determinó que era sangre humana, pero descubrieron algo insólito. La sangre se coagulaba en forma de costras como cualquier herida normal, pero solo en la parte de la cabeza en que estaban las heridas de la corona de espinas, no en el cuello o pómulos o en la vestimenta.

Se recurrió al doctor John Walker, experto en botánica y, en el análisis microscópico de estructuras moleculares orgánicas, descubrió que el espécimen bajo el microscopio aparece como la punta de una espina afilada de una planta proveniente de regiones áridas. ¿Una espina en la frente de Jesús, de donde se recogió la costra? Se descartó cualquier teoría telérgica o ectoplásmica y el obispo de Cochabamba, evaluando todas las conclusiones de los laboratorios, informó el 30 de septiembre de 1995 que autorizaba la veneración de la imagen del Cristo que llora en Cochabamba.

En este caso podemos decir con garantía científica que Dios se manifestó en una imagen del busto de Cristo en Cochabamba (Bolivia) en 1995.

b) MILAGRO DE LANCIANO

Otra manifestación maravillosa de Dios fue la del milagro de Lanciano en Italia. El milagro sucedió en el siglo VIII, cuando un sacerdote celebraba la misa y vio ante sus ojos asombrados que la hostia se convertía en un pedazo de carne del corazón y la sangre se coagulaba en cinco partecitas diferentes; y esa carne y esa sangre permanecen hasta hoy, después de más de 12 siglos, intactos. De modo que entre 1970 y 1971 los expertos de la universidad de Siena (Italia) Odoardo Linoli (especialista en anatomía, histología, patología y microscopía clínica) y Ruggero Bertelli, hicieron sus estudios que publicaron en un libro que obsequiaron al Papa Pablo VI y en donde demostraban que: La carne pertenece al corazón. Se ven vasos de sangre arterial y venosa. La sangre es verdaderamente sangre. La carne y la sangre son humanas. El grupo sanguíneo de ambas es AB. La sangre tiene elementos porcentuales cercanos al suero proteico de la sangre fresca normal. En la sangre se ha encontrado cloro, fósforo, potasio y sodio, mientras el calcio está notablemente elevado, La OMS (Organización mundial de la salud) en 1973 quiso investigar por su cuenta estos hechos y después de 15 meses de estudio con 500 exámenes, concluyó: *La ciencia, conocedora de sus*

límites, se detiene ante la imposibilidad de dar una explicación científica a estos hechos ⁵⁶.

En este caso Dios se manifestó en la carne y sangre en que había sido transformada la hostia y el vino, consagrados en una misa en el siglo VIII y durante más de 1.200 años. Ese poder de Dios en acción milagrosa permanente durante tantos siglos, sigue hasta el presente en este milagro como prueba de la permanente presencia de Dios en la Eucaristía.

c) TERESA NEUMANN (1898-1962) ⁵⁷

Nació en 1898 en Konnersreuth, Baviera, Alemania. Pasó los últimos 35 años de su vida, alimentándose solamente con la comunión. En una ocasión, con permiso de su obispo, la internaron en un hospital para controlarla bien y ver si era cierto que no comía ni bebía. Estuvo allí desde el 14 al 28 de julio de 1927. Cuando entró pesaba 55 kilos y al salir también. Sólo recibía cada día la comunión y 3 gotas de agua para poder pasarla. Según el resultado de los estudios realizados, el 14 de julio pesaba 55 kilos, el sábado 16 de julio pesaba 51, el 20 de julio pesaba 54 y el sábado 23 pesaba 52,5 kilos. El 28, último día, se había recuperado totalmente de modo inexplicable y pesaba de nuevo 55 kilos. La pérdida de peso tenía lugar los viernes, en que sufría la pasión de Jesús y perdía sangre a través de sus estigmas. Algo inexplicable para la ciencia, pues ¿de dónde salían los kilos recuperados? De la nada no sale nada, dicen los científicos.

En 1939, inmediatamente después de empezar la guerra, se distribuyó a todos los alemanes una tarjeta anual. El racionamiento de la comida duró en Alemania hasta casi el año 1948. Durante esos nueve años, ella fue el único ciudadano que no tuvo derecho a esa cartilla. Le había sido retirada rápidamente, con el argumento oficial de que no la necesitaba, dado que no comía ni bebía nada. Sin embargo, se le concedió doble ración de jabón, habiéndosele reconocido la necesidad de lavar cada semana la ropa teñida de sangre. Los Neumann, pese a ser tan decididamente antinazis como casi todos los católicos bávaros, no fueron molestados por orden personal de Hitler, que supersticiosamente temía a aquella mujer.

⁵⁶ Linoli Odoardo, *Ricerche istologiche, immunologiche e biochimiche sulla carne e sul sangue del miracolo eucaristico de Lanciano* (VIII secolo), *Quaderni sclavo di diagnostica*, 1971, Ed. Smel, 1992.

⁵⁷ Puede leerse sobre ella el libro de Joannes Steimer, *Teresa Neumann*, Ed. Herder, 1991 y el de Manuel Ramón Lama, *Teresa Neumann*, Librería espiritual, Quito, 1974.

*Durante 35 años no comió ni bebió nada. Naturalmente, se intentó todo para desenmascarar la simulación, pero todos los médicos enviados para controlarla, llegaban con su escepticismo para ir a parar a clamorosas conversiones frente a la enigmática verdad. La diócesis de Ratisbona llegó a instituir una comisión compuesta de médicos y cuatro religiosas bajo juramento, que se turnaban durante semanas para no perder de vista a Teresa ni de día ni de noche, no dejándola nunca a solas. Otras comisiones laicas llegaron a la misma conclusión: Solamente se alimentaba de la comunión (rechazando instintivamente la hostia, cuando, al ponerla a prueba, le presentaban hostias no consagradas)*⁵⁸.

d) BEATA ALEXANDRINA DA COSTA (1904-1955)

Vivió los últimos 13 años de su vida sin comer ni beber, sólo recibía la comunión cada día. También fue sometida a una observación exhaustiva en un hospital de Oporto (Portugal), vigilada las 24 horas por testigos imparciales para que no tomara ningún alimento o bebida. Al final de los cuarenta días de prueba, ella había mantenido su peso, temperatura, presión arterial, etc. Su pulso y sangre eran totalmente normales. Los médicos no pudieron encontrar ninguna explicación científica o médica a estos hechos⁵⁹.

e) MARTA ROBIN (1902-1981)⁶⁰

Nació en Chateaufneuf, Francia, hija de unos campesinos. Toda su vida la ofreció como víctima de amor por la salvación de los pecadores. Desde 1928 permaneció siempre en cama y no podía deglutir. Por eso, pasó más de cincuenta años sin comer ni beber. Solamente recibía la comunión diaria. Tampoco podía dormir y tenía los estigmas de la Pasión del Señor desde 1930. ¿Cómo puede explicar esto la ciencia?

f) MILAGRO DE CALANDA

Dios se manifestó una noche a Juan Pellicer, a quien le habían cortado una pierna. Entre las diez y once de la noche del 29 de marzo de 1640, mientras dormía en su casa de Calanda, a Miguel Juan Pellicer, un campesino de 23 años, le fue restituida repentina y definitivamente la pierna derecha que había sido

⁵⁸ Messori Vittorio, *Los desafíos del católico*, Ed. Planeta, Barcelona, 2002, pp. 181-185.

⁵⁹ Bob y Penny Lord, *Éste es mi cuerpo, ésta es mi sangre*, Ed. Journeys of faith, 1987, p. 193.

⁶⁰ Puede leerse el libro de Peyret Raymond, *Marta Robin*, Ed. Eafit, Medellín, 1984.

hecha pedazos por la rueda de un carro y que le había sido amputada cuatro dedos por debajo de la rodilla a finales de octubre de 1637, es decir, dos años y cinco meses antes en el hospital de Zaragoza. Este hecho fue certificado por el notario real Miguel Andreu después de haber consultado a los testigos. El ayuntamiento de Zaragoza, el 8 de mayo de ese año, solicitó la apertura del proceso eclesiástico para esclarecer bien los hechos. Se consultaron a 120 personas. Después del proceso, el arzobispo de Zaragoza, Pedro de Apaolaza, en sentencia del 27 de abril de 1641 declaró el caso como milagroso y manifestó: *Afirmamos, pronunciamos y declaramos que a Miguel Juan Pellicer, natural de Calanda, le fue restituida milagrosamente la pierna derecha que precedentemente le había sido cortada; que no ha sido un hecho obrado por la naturaleza, sino una obra admirable y milagrosa y que se debe juzgar y tener por milagro concurriendo las condiciones requeridas por el Derecho para que se pueda hablar de un verdadero milagro en el caso aquí examinado. Por tanto, lo inscribimos entre los milagros y como tal lo aprobamos, declaramos, autorizamos y así lo decimos*⁶¹.

LOS ÁNGELES

1. SAN JUAN CRISÓSTOMO

Sobre la presencia de los ángeles en la misa san Juan Crisóstomo (+407) tiene frases hermosas. Dice: *Los ángeles están alrededor del altar*⁶². *Cuando ves cómo se alzan los velos, piensa que en ese momento (el momento de la consagración) en lo alto se abre el cielo y de él bajan los ángeles*⁶³. *En la misa estás junto con los ángeles: con ellos cantas, con ellos entonas himnos*⁶⁴.

En los momentos de la misa, los ángeles rodean al sacerdote y todo el altar y todo el lugar del sacrificio se llena de potestades celestes para honrar a Dios, que allí está. Y para creer esto basta considerar las cosas que allí se cumplen entonces. Yo oí referir a uno que lo había oído de un anciano venerable, que tenía la gracia de recibir frecuentes revelaciones de Dios, cómo una vez le concedió tener una revelación sobre esto. Vio en un instante al tiempo de la misa, una muchedumbre de ángeles vestidos de ropas resplandecientes que rodeaban el altar e inclinaban sus cabezas como si fueran soldados que están en presencia del Emperador. Y no tengo dificultad en creerlo. Y otro me contó también, ya no como sabido de tercero, sino que fue digno de ver y oír él mismo cómo a los que están por salir de este mundo, si con pura conciencia han participado de los

⁶¹ Messori Vittorio, *El gran milagro*, Ed. Planeta, Barcelona, 2001, p. 152.

⁶² In Isaiam 1, 2.

⁶³ In ep ad Ephesios III, 5.

⁶⁴ In actus apostolorum XXIV 4.

divinos misterios, los ángeles les hacen guardia y una vez que han expirado por reverencia de Aquel que en el sacramento recibieron, los trasladan de aquí a los cielos ⁶⁵.

2. BERNARDO DE HOYOS

Sobre el beato Bernardo de Hoyos (1711-1735) afirma el padre Juan de Loyola: *Estando para comulgar el 20 de agosto de 1728, tuvo otra visión del Señor en el Santísimo Sacramento, la cual se repetía casi todos los días de comunión. Él aseguró: Vi a Su Majestad muy claramente y reparé que estaba toda la capilla del noviciado llena de ángeles en gran número que adoraban al Señor. Quedé como espantado de tanta gloria y cuanto más me iba acercando al sacerdote al tiempo de comulgar, crecía más el temor reverente que en mi alma había* ⁶⁶.

3. M. ANGÉLICA

La Madre Angélica, norteamericana, nacida en 1923, fundadora de un convento de adoración perpetua a Jesús sacramentado, fundó también la primera y principal cadena de televisión católica del mundo por cable, estableció una editorial católica con su imprenta, y la mayor emisora de radio privada de onda corta. Ella nos cuenta cómo Dios salvó su vida por medio de su ángel de la guarda:

Jamás olvidaré un incidente que tuvo lugar, cuando yo tenía diez u once años. Vivía todavía en Cantón, en Ohio, y ya avanzada la tarde había ido a la plaza mayor para hacer algunos encargos para mi madre... Cruzaba tranquilamente la calle, cuando de pronto oí a alguien que chillaba, y al volver la cabeza, vi unos faros que se me acercaban. Quedé momentáneamente cegada y, entonces, sentí dos manos que me agarraban, ayudándome a saltar la verja del aparcamiento.

Aquel coche había pasado un semáforo en rojo y seguía a toda velocidad. Gradualmente, comencé a comprender lo ocurrido. Se acercó un montón de gente, preguntándome cómo me las había arreglado para saltar la verja. No tenía ni idea de cómo lo había logrado. Al llegar a mi casa, mi madre estaba pálida y temblorosa. Ella había sentido que corría peligro y se había puesto de rodillas para rezar, pidiéndole a Dios que me salvara la vida. Estaba claro que

⁶⁵ San Juan Crisóstomo, *El sacerdocio*, Ed. apostolado mariano, Sevilla, 1990, p. 110.

⁶⁶ Juan de Loyola, *Vida del padre Bernardo de Hoyos*, Ed. Mensajero, Bilbao, 1913, pp. 50-51.

aquello era precisamente lo que Dios le había ordenado a mi ángel que hiciera. Jamás olvidaré la curiosa sensación de ser levantada, literalmente izada, por dos manos que me ayudaron a cruzar la verja, que me separaba de la muerte...

*Desde entonces he mantenido una relación muy íntima con mi ángel. Le llamo Fidelis, que en latín significa fiel, y puedo decir que siempre lo ha sido*⁶⁷.

LOS SANTOS

En la vida de san Juan de Sahagún (1419-1479) su Superior, el padre Juan de Sevilla, cuenta que al preguntarle por qué tardaba tanto en celebrar la misa, le respondió que por la clemencia y bondad de Dios se le manifestaba en la celebración del sacramento y le manifestaba secretos que a los hombres mortales era imposible saber por vía natural. El mismo Dios se le manifestaba en aquel sacramento. Él lo vio con sus ojos. El mismo Dios encarnado hablaba con él y veía en sus pies y manos y costado aquellas preciosas llagas que recibió como unos luceros muy resplandecientes, que daban de sí un gran resplandor y una claridad tan maravillosa, que bastaba para sustentar a los hombres sin necesidad de comer ni beber⁶⁸.

Santa Teresa de Jesús (1515-1582) escribió: *Un día, oyendo misa vi al Señor glorificado en la hostia*⁶⁹. *Otro día oyendo misa, vi a Cristo en la cruz cuando alzaba la hostia: díjome algunas palabras que le dijese al Rector de la Compañía de Jesús de consuelo y otras previniéndole de lo que estaba porvenir, y poniéndole delante lo que había padecido por él y que se aparejase para sufrir. Dióle esto mucho consuelo y ánimo, y todo ha pasado después como el Señor me lo dijo.*

*Cuando me acercaba a comulgar y me acordaba de aquella Majestad grandísima que había visto y miraba que era el que estaba en el Santísimo Sacramento (y muchas veces quiere el Señor que lo vea en la hostia) los cabellos se me espeluznaban y todo parecía me aniquilaba*⁷⁰.

En la vida de san Juan de la Cruz (1542-1591) cuenta el padre Melchor de Soria que, *viviendo el santo en Baeza, vio que del sagrario en que estaba el Santísimo Sacramento salía un gran resplandor, el cual se terminaba en el pecho del santo padre fray Juan, que estaba delante del altar algo apartado y que, estando el varón de Dios en la misa, vio que, después de haber consagrado, salió*

⁶⁷ Madre Angélica, *Respuestas, no promesas*, Ed. EWTN, 1998, p. 185.

⁶⁸ Sevilla Juan de, *Vida del santo fray Juan de Sahagún*, Salamanca, 1496, p. 65.

⁶⁹ Cuentas de conciencia 14.

⁷⁰ Vida 38, 19.

gran resplandor del Santísimo Sacramento y reverberaba en el siervo de Dios y lo hermo­seaba ⁷¹.

El padre Juan de Herrera dice sobre san Alonso de Orozco (1500-1591): *Muchas veía en la hostia consagrada su gloriosa humanidad y muchas veces era tanto el contento que le comunicaba que le veían elevado y levantado en el aire... Un día estaba en oración y se abrió el sagrario y se le apareció Cristo Señor Nuestro con una forma consagrada en su mano y se vino para él y le comulgó con sus benditas manos* ⁷².

Afirma santa Margarita María de Alacoque (1647-1690): *Yendo una vez a comulgar, me pareció la sagrada hostia como un sol cuyo brillo no podía soportar y vi a nuestro Señor en medio de ella con una corona de espinas, la cual puso sobre mi cabeza poco después de haberle recibido, diciéndome: “Recibe, hija mía, esta corona en prenda de la que muy pronto te será dada por tu conformidad conmigo* ⁷³.

En la vida de la beata Inés de Benigánim (1625-1696) refiere sor María de San Roque: *La venerable Madre tenía una ardiente devoción al Santísimo Sacramento. Sucedió que muchas veces, estando la Madre Inés empleada en algunos trabajos del convento, al tiempo de la consagración de la misa en la iglesia, ella se arrodillaba y, postrándose, adoraba al Señor, que le concedía que todas las paredes intermedias hasta la iglesia se hicieran transparentes para que de esta manera pudiera ver al Santísimo Sacramento al tiempo de ser elevado por el sacerdote* ⁷⁴.

Sobre la vida de santa Francisca de las cinco llagas (1715-1791) dice el padre Juan Pessiri: *Su amor a Jesús era tan grande que mereció verlo muchas veces en la hostia consagrada en forma de un hermosísimo niño, como me lo ha dicho repetidas veces su compañera sor María Félix, a quien le contaba todo* ⁷⁵.

Santa Ana Catalina Emmerick (1774-1824) nos dice: *Una vez, cuando iba a tocar la campanilla en medio de la misa, vi al Niño Jesús sobre el cáliz. ¡Era tan hermoso! Yo creía estar en el cielo y quería saltar la reja para ir hasta el Niño Jesús, pero entonces me dije: “No, no, ¿qué voy a hacer?”* ⁷⁶.

⁷¹ Proceso apostólico de canonización IV, p. 278.

⁷² Información del proceso de canonización de san Alonso de Orozco, pp. 240-241.

⁷³ Autobiografía, p. 47.

⁷⁴ Pedro de la Dedicación, *Vida, virtudes y carismas de la beata Josefa María de santa Inés*, Valencia, segunda edición, 1974, p. 187.

⁷⁵ Sumario de la Positio super virtutibus, p. 220.

⁷⁶ Positio super virtutibus, tomo II, Summarium, parte 2, p. 309.

Santa Micaela del S. Sacramento (1809-1865) refiere: *Un día, al comulgar vi un niño en la sagrada hostia antes de recibirla. Me pasó la mano por la cara. Me hizo tal efecto que por mucho tiempo quedé muy mudada y con un consuelo inexplicable, gran paz y alegría para trabajar y sufrirlo todo* ⁷⁷. *Otro día, al comulgar, lo vi al Niño Jesús en la hostia tan lindo y que se reía, y tuve tal gozo en esto que deseaba tener uno como le vi sentado en su sillita, dando la bendición con dos deditos* ⁷⁸.

Sor Ángeles Sorazu (1873-1921) anota: *En el sagrario, no solamente gozaba de la presencia del Verbo humanado, sino también de la asistencia y compañía de los espíritus angélicos, que rodean las sagradas hostias. Vivía en intimidad con ellos y los trataba con una confianza llena de respeto como a hermanos y confidentes. Cuando entraba en el coro, saludaba a Jesús con viva fe. Luego saludaba a los santos ángeles. En todas las misas o sagrarios me ofrecía a Dios Padre en unión con su divino Hijo para los altísimos fines que este divino Señor se ofrece. Y no solo en todas las misas, sino también en todos los sagrarios, donde está Jesús sacramentado* ⁷⁹.

Santa Faustina Kowalska (1905-1938) manifiesta: *En mayo de 1935, durante el Oficio de las Cuarenta Horas, vi el rostro del Señor Jesús en la santa hostia, que estaba expuesta en la custodia. Jesús miraba amablemente a todos* ⁸⁰. *A menudo veo al Niño Jesús durante la santa misa. Es sumamente bello. En cuanto a la edad parece que va a cumplir un año. Una vez, al ver al mismo Niño en nuestra capilla durante la santa misa, me invadió un fortísimo deseo y ansia irresistible de acercarme al altar y de tomar al Niño Jesús. En el mismo instante el Niño Jesús se puso junto mí al borde del reclinatorio, con las dos manitas se agarró a mi brazo, encantador y alegre, con su mirada penetrante y llena de profundidad* ⁸¹. *Durante la misa de medianoche de 1933, vi al Niño Jesús en la hostia. Mi espíritu se sumergió en él. Aunque era un niño, su Majestad penetró mi alma. Me impresionó profundamente este misterio, este gran humillarse de Dios, este inconcebible anonadamiento suyo. Durante toda la fiesta de Navidad lo tuve vivo en el alma* ⁸².

La Madre Teresa de Calcuta tuvo una experiencia de Dios, yendo en el tren. Nos dice: *Fue en un tren donde oí la llamada a dejarlo todo y seguirle a*

⁷⁷ Relación de favores 52.

⁷⁸ Autobiografía 41, 4.

⁷⁹ Sorazu Ángeles, *Autobiografía espiritual*, Ed. Fundación universitaria española, Madrid, 1990, pp. 269-274 y 429.

⁸⁰ Diario 433.

⁸¹ Diario 434.

⁸² Diario 182.

Jesús en los barrios más miserables. Yo sabía que era su voluntad y que tenía que seguirle. No había duda de que iba a ser su Obra ⁸³.

De san Pío de Pietrelcina se cuenta que en una ocasión multiplicó las hostias consagradas. Así lo afirmó el padre Rafael: *Una mañana el sacristán, fray Crispín, se había olvidado de poner hostias para consagrar. El padre Pío dio la comunión a los fieles. Había poquísimas hostias en el copón y los fieles eran muchos. Según iba dando la comunión, las hostias iban aumentando. Yo asistí a este portento* ⁸⁴.

⁸³ Madre Teresa a Malcom Muggeridge, *Something beautiful for Gods*, Harper and Row publishers, Nueva York, Londres, pp. 85-86.

⁸⁴ *Positio super virtutibus*, I/1 p. 883.

